



A don Luis Lopez Ballesteros,
protector de hoy, maestro de
siempre y amigo para siempre
en testimonio de inmensa gra-
titud,

El copista,
Joaquín López
Marbadillo

LA HIJA DE CELESTINA

DG
A

162

+ 175204
c.





COLECCION CLASICA
DE OBRAS PICARESCAS.

LA HIJA DE CELESTINA,

POR ALONSO GERONIMO DE
SALAS BARBADILLO,

vecino y natu-
ral de la
villa de
Madrid



AÑO

1907

*Con privilegio de España y Naciones
convenidas.*

EN MADRID, Por A. Pérez y C.^ª

*A costa de Pedro González-Blanco y
Joaquín López Barbadillo.*



EN SÚPLICA
DE QUE POR ALGUNA MANERA
SEA ENALTECIDA LA MEMORIA
DE
ALONSO JERONIMO DE SALAS
BARBADILLO,
VARÓN SABIO Y PRUDENTE,
NOVELISTA Y POETA
QUE HONRÓ Á LAS LETRAS ESPAÑOLAS,
É HIJO PRECLARO DE MADRID,
DEDÍCASE ESTA REIMPRESIÓN
AL
EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO
DE LA
IMPERIAL Y CORONADA,
MUY NOBLE, MUY LEAL Y MUY HEROICA
VILLA Y CORTE,
Y Á CADA UNO DE LOS SEÑORES
DEL
CONCEJO MATRITENSE,

don Joaquín Sánchez de Toca, don Ricardo del Aguila Hoyo,
Conde de Alpuente, Duque de Arévalo del Rey, don Carlos
Barranco González, don Emilio Blanco Farrondo, don Alvaro

de Blas é Iturmendi, don Tomás Caballero Fernández, don José Cao y Durán, don Luis Casanueva Granados, don Valentín del Castillo Buendía, don Juan Correcher y Pardo, don Leopoldo Cortinas Porras, don José Pedro Díaz Agero y Ojesto, don Pedro Díez y González, don Juan Jesús de Díez Vicario, don Antonio María de Encío Hurtado de Mendoza, don Eduardo Estelat y Torres, don Luis Fatás Montes, don Augusto Fernández Victorio, don Alfredo Fischer Santamaria, don Francisco Fuertes de Grado, don Pedro García de Garamendi, don Rafael García Ormaechea, don Telesforo de la Garma Aguirre, don Santiago Gascón, don José Gayo Bueno, don Luis Federico Guirao Girada, don José Luis González Lequerica, don Antonio González Palencia, don Pablo Iglesias Posse, don Francisco Largo y Caballero, don Eduardo Larrea y Trápaga, don Miguel Lorenzale Pujols, don Inocencio López Martínez, don José Madrid Calahorra, don Nicolás Martín Navarro, don Luis Mazzantini y Eguía; Conde de Mejorada del Campo, Duque de Montellano, don Miguel Morayta y Serrano, don Luis Ortega Morejón, don Valeriano Párraga Rodríguez, don Celestino Paz Doval, don Carlos Prast y Rodríguez del Llano, don Antonio Tomás Pró, don Manuel Salvador y Serrano, don José Sánchez, don Ignacio Santillán Castellano, don Alfonso Senra Bernárdez, don Heliodoro Suárez Inclán y don Venancio Vázquez.

ADVERTENCIA

He reproducido cuidadosamente este admirable libro, digno de inaugurar la *Colección Clásica de Obras Picarescas*, teniendo á la vista un ejemplar—que perteneció á don Pascual Gayangos y hoy existe en la Biblioteca Nacional—impreso en Milán en 1616.

De *La hija de Celestina* sólo se conocen la citada edición, otra hecha en Lérida en 1612 por Luis Manescal, y otra hecha en Zaragoza en igual año.

Si bien en la portada de la obra se lee el citado título, los titulillos de las páginas dicen *La hija de Pierres y Celestina*, y en esta reimpresión se ha respetado tal singularidad.

Dándole el nombre de *La ingeniosa Elena*, amplió el autor su libro, intercalando en él otros trabajos que lo afeaban y hacían decaer el interés. De *La ingeniosa Elena* existen dos ediciones: de 1614 y 1737.

Esta copia va esmeradísimamente revisada, puntuada, y corregida de innumerables erratas que hacían punto menos que ininteligible el texto primitivo, causa única (aparte de su rareza) de que tal obra maestra estuviese olvidada. Y para que, sin detrimento de su belleza original, sea claramente leído el libro, me he atenido á la moderna ortografía, salvo en todos los casos de distinta fonética.

J. L. B.

INTRODUCCION

DON JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO CUENTA
LA HISTORIA DEL GRAN CLÁSICO DON
ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO,
DE QUIEN SE DICE NIETO.

«Sin duda, señor Alonso Jerónimo, que sois hombre de más corazón de lo que promete vuestro cuerpo.»

Fué feo, burlón, sensual, hambriento y orgulloso. La poca parte que se conoce de su vida, le muestra en peregrinación constante por los caminos del dolor; pero llevando siempre una ironía en los labios, como valiente retador de la Fortuna. Y tras las dedicatorias lloriconas que llenaron de sombra una hoja de algunos de sus libros, y sobre el suelto párrafo de una moral empalagosa, saltaba retozando la Musa alegre que fué su única amante: la Musa del despreciar y del reir.

Nació en Madrid en Julio de 1581. Fué hijo del agente de los negocios de la Nueva España y de la causa de la canonización de San Isidro, Diego de Salas Barbadillo, y de su esposa, doña María de Porras. Tuvo una hermana: doña Magdalena, junto á la cual vino á morir. Un hermano amadísimos: el Licenciado Diego, cuyos días se extinguieron tempranos. Y tres hermanos aún: Isidro, Simón Pedro y José, de quienes los eruditos —esos varones admirables que lo averiguan todo—no han averiguado sino los días en que les dieron el bautismo. Yo sé más: yo sé que Simón Pedro fué pescador de almas, como el apóstol su patrono, y dijo misas en la Iglesia Mayor de León; yo sé que Isidro pasó á Indias, y en la noble Ciudad de los Reyes murió viejo, lleno de honores y de cicatrices; y yo sé que José, un poco rebelde, y un mucho más poeta que Alonso Jerónimo, se salió de Madrid un día que tenía hambre, y anduvo con los pícaros por los caminos reales, y fué jaque y ladrón, y en lo más grande de su gloria prendiéronle en el Compás de Sevilla unos corchetes, y tanto maravilló su vida á un juez, que, por enaltecerla,

la hizo subir á que acabase en lo alto de una horca. Los eruditos me mirarán enfurruñados; pero así debió ser la verdad, porque los grandes maestros de la belleza escrita muy bien pudieron tener hermanos clérigos, soldados ó truhanes, si eran pobres y vivían en los tiempos de los Felipes de Austria.

Lo que se sabe con certeza es que Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo matriculóse en la Universidad del Henares teniendo diecisiete años, y allí empezó á estudiar los Cánones; que fué á Valladolid cuando trasladó Lerma su poderío á aquella ciudad, y que en las aulas valisoletanas, al morir su padre, harto de los libros que no tenían silvas á Laura, ni historias de cornudos, ni fechurías de pícaros, los tiró por alto.

Valladolid, á la sazón, era la Corte del Ingenio, á más de ser cabeza de la Monarquía: allí rasgaban el papel muchas gloriosas plumas, y Salas oyó décimas á Vicente Espinel, letrillas á don Luis de Argote y Góngora, bizarrías, donaires y desenvolturas al estudiante veintañero don Francisco de Quevedo y Villegas; allí nació su amistad íntima con el poeta Liñán, y allí soñó que un escritor pue-

de esperar elogios y larguezas de los poderosos, al verse acaso agasajado y aplaudido por don Diego de Silva, el noble rimador hijo del Príncipe de Éboli. Y aunque—como declaró luego graciosamente en un proceso— «hacía versos desde que tuvo uso de razón», fué entonces cuando, de un modo definitivo, entró en esta hermandad—bendita, pero vegetariana y flatulenta, por su mayor parte—de los literatos. A troche y moche andaban, tras las portadas de los libros, sonetos suyos alabando á los autores. Dió versos para su antología á Pedro Espinosa. Volvió á Madrid, y á los dos años terminó un poema de la Virgen de Atocha, del cual he leído yo seis páginas, porque yo no soy hombre bastante valeroso para arrostrar la acometida de setecientas treinta y tres octavas reales.



Y aquí empezó la desventura á perseguir al gran burlón de las andanzas tristes. Todas las penas suyas que conocemos hoy se engendraron en una alegría, y fueron como una lágrima caída en la mueca de risa de una boca de sátiro.

Salas tenía el cuerpo ruin. Era pequeño; de color muy tostado; de rala barba negra, según le pinta una maldita mano de curial en los papeles de un proceso. Por su cuerpo ruin le desdeñó *Belisa*, la de los ojos verdes, «la del talle del cuerpo, de alta y gentil disposición». Por su cuerpo ruin no le quiso amar *Laura*, «la que murió, por ser hermosa». Y, además, era pobre.

Habitaba en Madrid un caballero persa, llegado cuando la Embajada que á los Príncipes cristianos envió Abbas-el-Grande para solicitar su ayuda contra el turco, y que aquí se quedó. Llamábase primero Boniat Bey, y más tarde don Diego de Persia. Era joven, gallardo y valeroso: venía de las lejanas tierras donde se sabe amar; tenía dineros, porque cuando un bello milagro de una paloma blanca, como en los tiempos evangélicos, le convirtió á nuestra creencia, don Felipe III fué su padrino de bautismo, refrendóle la nobleza de Arag, le instaló en buena casa y le dió al año mil doscientos escudos de pensión. Este gentil mancebo se holgaba grandemente con la amistad del decidor poeta, y una noche—la del 20 de Enero de 1609—,

como á veces solía, le convidó á cenar con él. Alegraron la sobremesa un travieso vinillo manchego, unas lindas mujeres casadas, no sé si muy honestas, y una guitarra que tañía Eugenio de Heredia, músico de la cámara del Rey. Luego, el persa, y el hijo de Apolo, y el hijo de Orfeo, salieron á vagar y entraron en la calle de la Cruz en casa de unas hembras que, como la *ingeniosa Elena*, cuya historia leeréis, eran también hijas de Celestina.

Allí, el soñador feo y el tañedor humilde, los artistas sin blanca, serían quizás escarnio de la ahita carne de placer; el persa, como en una evocación de los herméticos harenes orientales, tendría para su oro, para sus ojos negros y su barba sultana, todas las caricias. Y cuando nuevamente se vieron en las calles fangosas y oscuras, iban los hambrones murmurando de las barraganas.

Las osó defender el galán preferido: salieron las espadas á rematar el lance, y sonó su lenguaje de acero, y la del poderoso se quebró, y la de Salas dió de punta en la cara del persa y le rajó desde la oreja al labio, y se le entró en la boca y le llevó tres muelas.

Corrió á su casa el desarmado caballero; tomó otra espada y un broquel, y llevando á sus criados consigo, se fué á buscar al heridor. Le hallaron, le corrieron y le acorralaron: el arma toledana de don Diego partióle la cabeza de una tremenda cuchillada, y allí le mataría si no se abriera pronto, para guarecerle, el ferrado postigo de un portal blasonado.

Fué ruidosa la riña: hubo alguaciles, escribanos y alcaldes de corte; hubo unas diligencias, cuyo legajo está en Simancas; hubo presos, y no lo fué Alonso Jerónimo porque se hallaba en trance de morir. Cada testigo declaró cosa distinta, y no hubo más. La causa se archivó.



Pero el poeta convalecía muy lentamente: en su lecho se estaba, con su herida cuyos bordes tal vez enconó la momentánea ira de verse fastidiado por las persecuciones curialescas sin justicia. Mas, aunque el cuerpo le doliera siempre, era su estrella que casi siempre se le riese el alma; y enfermo fraguó alguno de sus libros más regocijados de los

primeros tiempos, y allí venían á sacudir su espíritu satírico las noticias de aquel Madrid cristiano y venusino, y allí las comentaba él, haciendo versos sin poderlo remediar, y su hermano don Diego era el amanuense que se los notaba.

Cuando convaleció, su rimado arsenal maldiciente metía miedo. Y, entre las armas más mortíferas, había unas *estancias* contra tres alguaciles, maridos complacientes, y contra sus mujeres. Y para que no fuesen solas, las dió otras dignas compañeras. Y, así, nombraba «á diez ú doze: á Madalena de Sierra, y á la muger de Pedro Sierra y á doña Francisca de Bicuña y á doña Francisca Ortiz y á doña Isabel Camargo y á doña Antonia Trillo».

Y no las quería mal ni bien, no las trataba, no las aborrecía. Era su espíritu burlón, el alma de Demócrito, que le obligaba á hacer reir. Otra vez lo encausaron. «Preguntado por qué hizo aquellos versos de tantas mujeres, dijo: que sólo le movió la curiosidad de poeta, y niega tener enemistad con ninguna persona de las susodichas.»

Y entonces, un honrado juez—frío, estú-

pido y honrado, como la misma Ley—se acordó de la causa anterior, la empalmó á ésta, y Salas fué á cumplir destierro en Alcalá.

Meses después logró un indulto, volvió á la villa coronada y mereció otra pena. No se sabe el motivo: otra pendencia, ú otras *estancias de canción*; otras tres muelas menos, ú otra docena de cornudos más. Acaso una marrullería para agenciar unos doblones; que eso es lícito, y santo, y forzoso, porque maldito sea el ingenio que se somete al hambre.

En Zaragoza y en Tudela de Navarra transcurrió el nuevo exilio. El único bagaje que llevaba por los caminos solitarios eran sus donosuras escritas. En la orilla del Ebro dejó al alférez Francisco de Segura «La hija de Celestina» para que la imprimiese, y de Tudela trajo á Madrid concluídas, á vuelta de su éxodo, otras tres novelas y un libro de poesías.



Y ya, apenas se sabe de él sino las obras que creó y las fechas en que salieron á la luz: fueron veinte, y las ocho de ellas estampáronse en sólo dos años.

Jamás tuvo dineros: en la ofrenda de sus historias y sus rimas pedía á los próceres el oro de sus arcas á cambio de las sales de él; y muchos de los próceres tal vez no quisieron ennoblecerse más dando al hidalgo pobre unos maravedís. En 1620, vendió, por el precio de quinientos reales, dos producciones suyas, paridas con dolor, al mercader de libros Alonso Pérez, padre del célebre *dotor* á quien Quevedo dijo:

«El dotor tú te lo pones,
el Montalbán no lo tienes...»;

la venta se hizo á plazos. ¡Quién sabe si el librero no pagaría el segundo, y si Alonso Jerónimo le dió cuatro cintarazos con su espada, y si de nuevo la Justicia pretendió ponerle en peregrinación! Cobrase ó no cobrase, no se hizo rico con el dinero aquel. Su agencia de negocios de la Nueva España, en que heredara al padre, hacía ya mucho tiempo que la había abandonado. Unos pleitos que tuvo en Italia, sobre la hacienda que allí ganaron sus mayores, no habían concluído cuando su vida concluyó...

Y así, el satírico malaventurado vivió la

vida estrecha y ancha de la necesidad y del azar; y huroneando para hallar un amigo á quien pedir unas blanquillas, vagaría por el Prado y la Puerta de Guadalajara, y vería levantarse la Plaza Mayor en 1619, y alzarse luego el patíbulo en ella para el Conde de Oliva, tachado de hechicero, y vería degollar á don Rodrigo Calderón. Y muchos mediodías, al dar las doce en el reloj de San Felipe, no podría irse á yantar, por no tener con qué.

Pero tomaba el sol. Tomaba el sol, que le abrigaba más que la ropilla ténue y que la vieja capa de bayeta. Y tomaba otra clase de sol cuando pasaban junto á él aquellas damas de Felipe IV, que en invierno salían con los mantos de humo y los pechos al aire sobre el jubón emballenado, para ir á orar y á amar. Y por eso, sus ojos, siempre enamorados y siempre observadores, supieron cuánto vale una mujer y á cuántos enloquece, y dieron con las tramas de sus bellos libros, en que es la lujuria principal resorte y en donde late un regocijo incrédulo y pagano. Porque Salas temió más á la Inquisición que á Dios, y su moral creo yo que era la moral

del miedo. Salas hizo dos obras de asunto religioso, y las dos son muy malas. Y concurrió á una justa poética en alabanza de unos santos, y no le dieron premio. Y al morir recibió la Extremaunción, pero, después de ella, al echarse á dormir para siempre, en sus labios bailaba la risa de otra seguidilla contra otro alguacil.



Murió, en la calle de Toledo de esta Corte, el 10 de Julio de 1635, en brazos de su hermana doña Magdalena.

Cervantes le elogió, y el vulgo — para quien siempre tuvo un desprecio infinito, y á cuyo rostro lo arrojó en los prólogos de algunos libros suyos, — no recuerda su nombre.

Fué vana la soberbia de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo cuando la puso en un honor tan nominal como el de ser *criado del Rey y criado de la Reina*; cuando habló de los nobles, sus progenitores, que mataban moros, y de su tío el alférez de caballos de la compañía del Príncipe de Urbino. Pero su soberbia fué grande y fué justa cuando, en

una novela, al pretender pintar un caballero espejo de ellos, le llamó don Alonso, como él se llamaba; cuando elogió su labor propia, y cuando escupió al vulgo.

Yo no sé ciertamente qué fueron mis abuelos. Los tendré, como todos vosotros, santos, miserables, hidalgos y asesinos: pero yo pienso que este Salas es mi abuelo, y quiero que lo sea, y lo es. No porque acaben nuestros nombres de guisa semejante. No porque yo ponga en mis páginas, ni su invención graciosa, ni aquel mágico verbo divino de su habla castellana — que, aunque no sonó en él demasíadamente rica, sonaba como el oro—. Sino porque yo amo esas trágicas vidas alegres, y porque quiero ser su nieto. Porque tengo su herencia moral y material. Porque soy feo, burlón, sensual, hambriento y orgulloso.

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO.

LA HYIA
DE CELESTINA,

POR ALONSO GERONYMO
De Salas Batuadillo :

*Impressa por la diligencia y cuydado
del Alferex Francisco de
Segura,*

Entretenido cerca de la persona de' Señor
Virrey de Aragon.

Al Molto ilustre Sig.

FILIPPO TROTTI.



EN MILAN, Por Iuan Bapt. Bidelo. 1616.
Con licencia de Superiores.

Imprimatur
Comissarius S. Officii.
Fr. Paulus de Clericis pro Illustrissimo Card.
Archiepisc.
Vidit Saccus pro Excellentiss. Senatu.

Por comisión del muy Ilust. y Rev. Señor Don Francisco Virgilio, Obispo de Lérida, he visto el presente libro intitulado La Hija de Celestina &c., yo Antonio Galipienso, D. en Santa Theo., y no hay en él cosa que contradiga á la S. Fe Católica: y así se puede imprimir.

Dat. á 22 Julio 1612

El D. Galipienso

APROBACIÓN

Yo el Doctor Gregorio Juan Palacios, Catedrático de Sexto de la Universidad de Zaragoza y Capellán del Ilustrísimo y Excelen-

tísimo Señor Don Pedro Manrique de Lara, Arzobispo de la misma ciudad, por comisión del Señor Doctor Juan Sentis, su Vicario general, he visto esta obra intitulada La Hija de Pierres y Celestina, y no hay en ella cosa contra nuestra Santa Fe Católica: antes bien, el autor muestra su agudo ingenio, y entreteniendo con singulares gracias el gusto, enseña cuánto se han de guardar los hombres de una ruin mujer; y así se podrá imprimir. En Zaragoza á 24 de Abril de 1612.

El D. Gregorio Juan Palacios.

LICENCIA

Imprimatur

El Doct. Juan Sentis Vic. gen.

Aprobación.

Puede el señor Regente [de] la Real Cancellaría dar licencia para que se imprima el presente libro. En Zaragoza á 5 de Mayo 1612.

El Doctor Juan Porter

El Doctor Joseph de Sesse

Reg.

Á ALONSO DE SALAS
Barbadillo:
El Alférez Francisco de
Segura.

No en bruñido papel del fértil Paro,
En liso mármol, ni en acero duro,
Depósito inmortal, cierto y seguro
De altas empresas contra el tiempo avaro,

No en el labrado bronce, por reparo
Del torpe efecto del olvido obscuro,
Tu elegante decir, tu estilo puro
Has querido estampar, oh Salas raro.

Mas hoy entre las Ninfas del Sebeto
Coronas á tu Elena, y la eternizas
Con tan heroico y tan gentil decoro

Que, aunque parece humilde en el sujeto,
Renacerán, cual Fénix, sus cenizas
Del Bórea al Austrio y desde el Indio al Moro.

DEL CAPITÁN ANDRÉS
Rey de Artieda

La próspera moral Filosofía,
Considerada la flaqueza nuestra,
Nó sólo con preceptos nos adiestra
Y con lición histórica nos guía,

Pero con el adorno de Poesía
La angosta senda de virtud nos muestra
Y del ancho carril de la siniestra
Con trágicos ejemplos nos desvía.

En esta historia que deleíta, y mueve,
Y enseña en cualquier género de cosa
Lo que dejarse y conseguirse debe,

Muestra el autor su ciencia milagrosa,
Digo, el hijo adoptivo de las Nueve,
Conocido por tal en verso y prosa.

Al Molto Illust. Sig. e Padron
mio Colendiss.

IL SIG. D.
FILIPPO
TROTTI



on poco s' affatticarono, e non in
vano, Molto Illustre Sig. mio, li au-
tori delle vite del Picaro Gusman-
do e di Lazariglio per voler manifestare al
mondo, & insegnare a fuggire, le furberie di
quelli scioperati bricconi che vagando dou-
unque si ser mano incontrano la tavola in
ordine, e preparato il letto; ma non hanno
però dipinta cosi ogni cosa a filo che, come
si può scorgere, non sia rimasto campo ad
un' altro bell' ingegno di correre una lancia.
E questo è stato Alfonso Girolamo di Sala,
inventore del presente libro, nel quale ha, si

può dire con ogni brevità possibile, assolutamente rappresentata la sfacciata vita d' una donna pubblica e d' un suo Drudo, con il loro malvagio fine: addottrinando insieme certi giovani poco avveduti, che volontariamente divengono preda di simili arpie. Laonde, considerando io che, dopò haver pubblicati per mezzo delle mie stampe il Picaro e Lazariglio, facevo gran torto al presente lasciandolo abbandonato, mi sono al fine risoluto a ristamparlo sotto loro tutela di V. S. M. Ill., che lo saprà, benissimo, diffendere dalle punture de maligni, e sostenerlo nel suo decoro. Nè sdegni V. S. la picciolezza del dono, che si mai si verificò quel proverbio: «cosa picciolina tanto più fina», viene in cotesta operetta verificato. Nè più dico; ma, baciandole riverentemente le mani, la supplico à mantenermi nella grazia sua. Di Milano il dì 10 Decemb. 1615.

Di V. S. M. Illustrè

obligatiss servit. Gio. Batt. Bidelli.

LLEGA
LA HIJA
DE PIERRES
Y CELESTINA

Á TOLEDO, EN UNA NOCHE DE REGOCIJO, Y EN MIENTRAS VE LA FIESTA ARMA CONVERSACIÓN CON UN MOZUELO DE POCA MALICIA, QUE LA DA OCASIÓN DE EJERCITAR LA SUYA.

A la imperial Toledo, gloriosa y antigua ciudad de España, tan gloriosa que la Reina á quien hacen corte los serafines la ennobleció con visitalla, dejando por testigo la piedra donde puso sus plantas,—á quien la fe y piadosa religión de sus católicos ciudadanos devotamente reverencia—, y tan antigua que la soberbia del Romano Imperio no la juzgó por indigna de ser asiento de su silla las veces que sus Príncipes vinieron á España, llegó una mujer llamada Elena—á cuyo nacimiento y principios les espera más

agradable lugar—, en el tiempo que la Primavera anda tan liberal con los campos que á ninguno deja quejoso ni mal vestido, aunque en las galas que les reparte hace de unos á otros diferencia notable; mujer de buena cara y pocos años, que es la principal hermosura; tan sutil de ingenio, que era su corazón la recámara de la Mentira donde hallaba siempre el vestido y traje más á su propósito convenientes.

Persona era ella que se pasara diez años sin decir una verdad: y lo que más se le ha de estimar es que nunca la echaba menos, y vivía muy contenta y consolada sin sus visitas. Cierto que mentía con mucho aseo y limpieza, y que salía una bernardina de su boca cubierta de pies á cabeza con tantas galas que se llevaba los oídos de los que la escuchaban, sin poderse defender los más severos y rigurosos ánimos. Decía ella muchas veces que aquello era todo buen natural, y tan

copioso que en una hora que ella se recogiese con su pensamiento echaba una tela que le duraba todo el año; y era tan casera y hacendosa la buena señora, que nunca salía del telar. Bastara muy bien á dar provisión de esta mercadería, quedándole la casa llena, á todos los poetas de Castilla, con haber tantos que se pudieran hacer á sus tiempos sacas dellos para Vizcaya, atento á ser tierra que no los lleva y que para tenellos es fuerza que los traiga de fuera del Reino.

Al fin: pasaba con esta gracia su vida: que, acompañada de su cara, dentro de pocos años hicieron mucha hacienda.

Eran sus ojos negros, rasgados, valentones y delincuentes: tenían hechas cuatro ó cinco muertes, y los heridos no podían reducirse á número; miraban apacibles á los primeros encuentros, prometiendo serenidad: pero en viendo al miserable amante engolfa-

do en alta mar, acometían furiosos y —usando de aquella desesperada resolución «Ejecútese luego»—daban fin á su vida.

Vestíase con mucha puntualidad: de lo más práctico, lo menos costoso y lo más lucido; y aquello, puesto con tanto estudio y diligencia, que parecía que cada alfiler de los que llevaba su cuerpo había estado en prenderse un siglo; el tocado siempre con novedad peregrina; y tanta, que el día que no le diferenciaba, por lo menos el modo con que le llevaba puesto no era ya hoy como ayer, ni como hoy mañana; y tenía tanta gracia en esto de guisar trajes, que si las cintas de los chapines las pasara á la cabeza y las de la cabeza á los chapines, agradara. ¡Tan vendidos y obligados estaban de su belleza los ojos que la miraban!

Para su cara no consultaba otro letrado de quien más se fiase que el espejo; y así, muy de ordinario acudía á

tomar su parecer, no atreviéndose á salir de su voluntad, donde las cejas, los dientes, el cabello, y, al fin, desde la menor hasta la más principal parte, pasaban rigurosa censura y obedecían su corrección.

Pues si hablamos del espíritu noble con que ella hacía vivir todas estas cosas y parecer que en cada una de ellas asistía un alma particular, es ofender á la Naturaleza pintando mal lo que ella dió bien. Cada una de sus hazañas me importuna por particular corónica; y son tan dignas de vivir celebradas, que nunca seré culpado de prolijo.

¡Oh, qué mujer, señores míos! Si la vieran salir tapada de medio ojo, con un manto destos de lustre de Sevilla, saya parda, puños grandes, chapines con virillas, pisando firme y alargando el paso, no sé yo cuál fuera dellos aquel tan casto que por lo menos dejara de seguilla, ya que no con los

pies, con los ojos, siquiera el breve espacio que estuviera en pasar la calle.

Con estas gracias y otras muchas con que se duerme agora mi pluma—porque piensa, despertando á muchos, hablar á su tiempo—, entró cuando la noche, y en ocasión en que la ciudad ardía en común gozo, porque los más principales della hacían una máscara celebrando las bodas de un caballero forastero y de una señora, deuda de todos.

Las ventanas estaban pobladas de varias luces, así de las artificiales como de las naturales que nacían de los hermosos ojos de tantas damas, que cualquiera dellas era un seguro competidor del Cielo; seguro, digo, porque le vencía con tan manifiestas ventajas que allí la victoria no estaba dudosa. Porque esta felicísima ciudad goza—llevando á todas las demás destos Reinos la gloria—insignes mujeres, bellas en los cuerpos, discretas en las

almas, curiosas en el traje, suaves en la condición, liberales en el ánimo, honestas en el trato; deleitan cuando hablan, suspenden cuando miran, siempre son necesarias, y jamás su lado parece inútil. Porque como, demás de la belleza — en cuyo gozo se ocupa y ejercita el apetito que tan fácilmente se cansa y enoja de lo que buscó con ansia y solicitud—, les dió el Cielo la alteza de los ingenios, manjar forzoso del alma, y éstos mientras más se tratan más se aman, es fuerza que en todo tiempo agraden. Y parece que allí el Cielo generalmente, con particular cuidado, usó con todas esta liberalidad, porque pocas son las que viven sin la compañía destas buenas partes.

Por las calles y plazas públicas también andaban muchas de menor calidad en la sangre — que en lo demás bien competían— á cuyo olor iban mozelos verdes y antojadizos, destos

que ponen su felicidad más en que se sepa que no en que sea; «dígame, aunque nunca se haga»; gente que porque con una rodela y un estoque de siete palmos, yendo trece en cuadrilla, hicieron volver las espaldas á un corche te mulato y zurdo, pregonan valentía y piensan que tienen jurisdicción sobre las vidas de sus vecinos; persuádense á que todo lo matan: á las mujeres con su amor, y á los hombres con su rigor. Y al fin los más mueren á los pies de su confianza.

Todos se esforzaban por hablar bien; no había ingenio que entonces no quisiese sacar á luz sus curiosidades. Ya hubo alguno, tan desalmado tahur del vocablo, que jugó los ojos de su dama: porque como fuese en profesión y hábito de estudiante y le preguntase la causa de sus desvelos que cuántas hojas había estudiado aquel día de sus bártulos, respondió: «Señora mía, pocas; porque como

siempre estudio en esos ojos, fáltame tiempo para las hojas.» Con razón se puede correr un honrado ingenio la vez que, por descuido y grave desdicha suya, cae en bajaza semejante; porque este estilo y corriente bárbara se ha dejado solamente para los estudiantes sumulistas porque, como nuevos en las escuelas, tienen dispensación para que aquel primer año, aunque sean viciosos deste juego, no incurran en pena alguna.

Uno de éstos se le arrimó á nuestra Elena, que esperaba la fiesta junto á la Puerta del Perdón,—porque por hácersele al Ilustrísimo, estaba aquel lugar entre los señalados para la carrera—. ¡Oh, qué tal que era ella para desenvolver un mentecato! Parecía purga de necios: porque, visitándoles todos los rincones del pecho, les hacía vomitar, como dicen, las entrañas. Tomóle la medida, reconocióle una y otra vez, sintióle flaco, y atreviósele;

púsole luego en el potro de la lisonja, y con halagos falsos le hizo confesar lo que nunca imaginó.

Supo dél que era paje de un caballero viejo, tío del que aquella noche se desposaba, hombre de los más ricos y adinerados de Castilla, y que dejaba después de sus días por heredero al sobrino, á quien amaba tiernamente como á única prenda de su sangre: el cual había solicitado tanto estas bodas—porque se mejoraba mucho en calidad con ellas—, que se esforzó á dejar su tierra, que era el Andalucía, para dar más calor á la pretensión haciendo preferencia: interés que le había puesto en una cama á peligro de perder la vida, por ser hombre de muchos años y haber intentado una jornada tan larga como es la que hay desde Sevilla á Toledo, en los Caniculares del invierno, que es como si dijéramos en los mayores fríos de Noviembre.

Ella oía atenta y él proseguía sin recelo, cuando la desembarazada y embarazosa picardía — porque para ninguna cosa halla estorbo y en ninguna deja de hacelle aquella gente, tan acomodada que en todas partes encuentra la mesa puesta y la cama hecha — venía anunciando la máscara, corriendo y gritando desordenadamente, como ufana de ver que también en este mundo hay ocasiones en que traen los pícaros mejor lugar que los caballeros. Mezclábanse al descuido entre la gente y, como padres comunes de bolsas desamparadas, si hallaban alguna huérfana, la recogían con tanta caridad que la hospedaban en su mismo pecho. No me espanto: que todos buscan la vida en este mundo trabajoso, y los más hurtando. Y éstos, entre los muchos del arte, son dignos de causar mayor lástima, porque caminan al más grave peligro y conquistan pequeños intereses. Coge un desdichado una bolsa con

veinte reales y danle doscientos azotes. ¡La ganancia es buena! ¡No le diérades siquiera á real por azote! Sin duda que el más bárbaro jubetero en cualquier ciudad ó villa es el verdugo, pues [por] tan corto precio como cuatro reales — que no son más sus derechos — os vestirá un jubón tan al justo que parezca que os viene como si con él naciérades. Y trae muchos provechos el servir-se de tan buen oficial, y el mayor es que todo lo que él obra lo acaba tan á propósito del talle de la persona para quien lo trabaja, que no puede servir á otra, y así naide hay que se atreva á pedillo prestado: dura tanto como la vida del dueño, y á veces más, porque la fama queda en la memoria de muchos.

Corrieron sus parejas los caballeros, que venían por extremo galanes, tan bien que el vulgo, suspenso, les dabalas gracias en altas y confusas voces. Pero nuestro relator proseguía con su proceso y el juez malicioso escuchaba

como quien siempre se prometió que aquella conversación le había de ser llave para abrir algún escritorio. Ultimamente: entendió que el desposado era un hombre muy rendido á las flaquezas de la carne, y tan rompido en este vicio, que no solamente procuraba la gracia y buen acogimiento de las damas con regalos y cortesías, sino que á más de una doncella había forzado,—travesuras que le costaban al viejo mucha cantidad de hacienda —; y que uno de los fines por que más deseó casalle fué por entender que con la nueva obligación del matrimonio asentaría el pie firme, reconociendo que los tiempos no caminan igualmente y que los hombres principales deben mudar, con el estado, las costumbres.

Este punto fué muy agradable á nuestra Elena, más hermosa que la griega y más liviana,—que en lo uno y en lo otro, aunque vino tantos años después, la pasó muy adelante—: porque

sobre él fabricó su industria lo que presto sabréis. Preguntóle cómo se llamaba y de qué tierra era; él dijo:

—Antonio [de Valladolid].

—¿Antonio?—respondió ella—; por muchos años, señor galán. ¡Oh, qué buen nombre! No presumo yo que será menos el hombre! Toda mi vida me ha corrido con hijos de Valladolid buena suerte, y cierto que tengo notado esto con cuidado: que es gente á quien más que á otra me inclino. No sé: en mis ojos son las que con más gala se visten, hablan más á tiempo, corresponden con mejor trato; los más son tan bien entendidos que pueden aconsejar, y los que no, tan cuerdos que las cosas más fáciles no las intentan sin pedir consejo; no desconocen las caras de los amigos cuando los ven en trabajos, y á los enemigos perdonan, cuando se humillan, las mayores injurias, considerando que es feo vicio el de la venganza. ¡Oh, Antonio mío, y cuántas virtudes

te contaré de tus paisanos! Labor tengo para muchos días.

Cuando el mozo, mal advertido y poco ejercitado en semejantes refriegas, se oyó llamar «Antonio mío» de aquellos labios de cuya hermosura elegante se pudiera vencer mayor sujeto que el de su corto ingenio, calentósele más el alma, y el corazón inquieto y turbado perdió pié; olvidósele á la lengua su oficio y, loco de verse favorecido, no sabía por dónde dalle gracias: poníasele el ingenio de puntillas y, haciéndose ojos, buscaba razones que le sacasen de vergüenza. No pensó él que le dejaran sentar en el umbral de la puerta, y vióse llevar mano á mano hasta el retrete; holgárase de coger la fruta después de San Juan, y hallóla madura por Navidad; celebrara por mucho favor que le dieran con el pie, y pusieronle á la mano derecha en la mejor silla. «Cierto—decía muchas veces en su corazón—que todos los sucesos

están á voluntad de la Fortuna: ella dispensa con absoluto parecer, y sus órdenes son obedecidas; en vano solicita con lágrimas tiernas—pierde los ruegos y las esperanzas—el que no camina debajo de sus alas. Yo, un pobre paje con quien las medias se apuntan cada día; los zapatos de vergüenza de verse rotos pierden el color y de negros se vuelven blancos; el sombrero suda de congoja de lo mucho que sirve; la capa y ropilla tan peladas como si hubiesen pasado por el martirio de las unciones; el cuello y puños con tantas ventanas que si fueran casas en la plaza de Madrid me valieran un día de toros muchos ducados: persona en quien los codos son muy parecidos á los zapatos, porque también en ellos traigo tacones, excusando con esta diligencia que la miserable camisa no se ponga á acechar por ellos y hacer cocos—que, según está de negra, bien puede—, y espantar todos los niños de las vecinas:

¡yo, pues, he merecido por intercesión de mi buena estrella, en un hora, un bien tan grande que si le conquistara un poderoso soberbio—á costa de muchos pasos y á fuerza de infinitos dineros, en largo discurso de tiempo—, se pusiera en estado que fuera menester dalle memoriales para acordalle que era hombre y debía mirar por su juicio!»

Tan abrasado estaba del fuego desta nueva Helena nuestro Antonio, ya segundo París, que con tales pensamientos se entretenía. Acompañóla hasta su posada y ella hizole entrar; rogóle favoreciese una silla, y al obedecella él y sentarse, cayósele la daga de la vaina y, si no acudiera el remedio con prontitud, estuvo acerca de clavarse en ella; pero, volviéndola á su lugar, dijo:

—Cualquier daño que me sucediera, justamente lo merecía, pues ya que esta noche tuve antojo de ponerme un

aderezo de espada y daga de los muchos que tiene el desposado, escogí este, que se le dió el mal aconsejado viejo de su tío y mi amo, día de San Pedro este verano pasado, en una jornada que hizo á la Montaña: que bastaba ser dón de manos tan avarientas, para recelar dél, cualquiera, mal suceso.

—¡Ay, Jesús—dijo ella—; hame querido dar vuestra merced pesadumbre! ¡Ténganme, tengan, ténganme, que me cairé muerta! ¡A fe que se me ha ausentado el alma, y más lejos de lo que parece! ¡Quítese esa daga luego, que no quiero que, por lo menos esta noche, la traiga consigo!

Y así como lo dijo, ella misma ejecutó su voluntad y se la tomó con su propia mano, que él—aprovechando la ocasión—besó y ella no defendió, preguntándole que á qué hora sería el desposorio, porque determinaba ir embozada, si en Toledo, por la vecindad

de la Corte, en semejantes ocasiones se permitía.

—Tarde—respondió—. Pienso que serán más de las once de la noche: porque esperan que llegue de Madrid un señor de título, muy cercano pariente de entrambas partes y por cuyo medio y buenos oficios ha tenido este casamiento efeto. Y, según dijo un criado suyo que llegó á Toledo á las cuatro de la tarde, vendrá muy de noche, porque no podía salir de Madrid hasta después de mediodía. Y si vuestra merced me diese licencia, me volvería á ver á mi viejo, que le dejo en la cama, y me la concedió limitada por un hora: y yo, obligado de la mucha que de vuestra merced indignamente reconozco haber recibido, he alargado la facultad de un hora á tres, que á mí me han parecido un breve instante. Y téngame lástima por amor de Dios, pues pierdo el regalo de su dulce conversación por la de un caduco imper-

tinente, templado al tiempo del Conde Fernán González, más hidalgo que Layn Calvo, y tan montañés que me dice infinitas veces esta vanidad: «que la Casa de Austria deja de ser la más ilustre de todas cuantas hoy hay en el mundo, solamente por no haber tenido sus principios en las Montañas de León.» Es persona que vive y se gobierna por las pragmáticas de los varones antiguos; respeta á las mujeres como cosa sagrada; á todos los hombres bien nacidos — aunque sean tan pobres que no les cubra otra capa sino la del cielo — iguala con su persona; tiene en la memoria las sentencias del sabio Catón, que andan en bocadillos de oro, y refiérelas con mucho respeto y veneración. Y á fe que [hay] no poco trecho desde este mesón del Carmen hasta las casas del Conde de Fuenzalida, adonde está aposentado el señor don Rodrigo de Villafañe, mi amo: no sé yo cómo me estoy tan descuida-

do en el verde, dándome uno y otro floreo; y más, que esta noche, como han de acudir á la casa de la novia, donde se ha de celebrar el desposorio, es fuerza que le dejen solo. Al fin, señora: vóime, y quedo con vuestra merced tan presente, que será más fácil dejar el alma el amistad y compañía del cuerpo, que la de vuestra merced y compañía de sus hermosos ojos.

Así razonaba, cuando oyendo ella golpes á la puerta, dijo:

—Ay, dicha mía, ¿cuándo seréis vos buena? ¡Tarde! ¡Nunca! ¡Esto me teníades guardado agora! A la vejez, cuando no hay muelas, el pan más duro. ¡Señor, ánimo y al remedio! ¡Escóndase presto!

Y diciendo esto, metióle por la mano [en] otro aposentillo más adentro, donde, torciendo la llave, se le dejó olvidado por más horas
de las que él
pensaba.

HACE UN SUTIL ENGAÑO LA HIJA DE PIERRES Y CELESTINA Y; VOLVIENDO LAS ESPALDAS AL PELIGRO, HUYE DE TOLEDO.

Abriendo, pues, al que llamaba, que era un galán suyo—que á título honesto de hermano, para cumplir con la buena gente, la acompañaba en bien peligrosas estaciones—, recibéndole entre sus brazos le contó al oído la aventura de aquella noche y, dándole parte de todo su pensamiento, mandó poner el coche de mulas en que había venido; y entrando con ellos una criada vieja, mujer muy cumplida de tocas y rosario, de cuyas opiniones y doctrina se fiaban los negocios de más importancia y peso, y en un estribo un pajecillo de catorce á quince años, diestro en las embajadas de Amor—cuyas manos eran dichoso paso para cualquier billete, porque dellas con seguridad llegaba á las del galán ó dama á

quien se dirigía—, caminó á la calle de los Cristianos modernos, en cuyas casas es más nueva la fe que los vestidos, aunque los hacen cada día para vestir con ellos á los que los pagan tanto más de lo que valen, que, si lo consideran, más los desnudan que los visten.

Ya iban los de la máscara desordenados, por aquí dos, por allí cuatro, todos á mudarse de hábito, y el pueblo trataba de recogerse. Don Sancho de Villafañe, que era el desposado, que caminaba con su compañero á lo que los demás, encontró el coche: y con la luz de las hachas acertó á ver el rostro de Elena, que de paso le tiranizó el alma con tan poderosa fuerza que, si le fuera posible, siguiera [á] la hermosa forastera y perdonara de muy buena gana las bodas: y sin duda se arrojara en los brazos de tan loco disparate si no ahogara la prudencia por entonces este deseo, que antes de nacido fué muerto. El prosiguió á su negocio y

ella al suyo, [con] que, alargando el paso, en breve tiempo llegó á la ropería, adonde, entrando en la casa más proveída, sin reparar en conciertos— porque entonces, por no detenerse y ganar tiempo, quería perder dinero— compró tres lutos que vistieron ella, su hermano y el pajecillo, sin atender á la curiosidad y aseo de que se conformasen con el talle de las personas.

Volviéronse al coche, que los llevó á las casas del Conde de Fuensalida. Aquí ordenó al pajecillo que se apease y, preguntando por el cuarto del señor don Rodrigo de Villafañe, entrase en sus aposentos y le dijese que una señora montañesa que acababa de llegar de León, para un negocio de mucha importancia y consideración le quería besar las manos; y así le suplicaba que en todo caso le diese licencia.

El muchacho obedeció, volviendo con muy buen despacho. El buen viejo mandó á otro paje —compañero del que

estaba encerrado—que pusiese sillas y saliese con un hacha á recibir visita de tanta autoridad, y él se incorporó en la cama dándose prisa á poner los botones del jubón y añudando más el tocador que tenía en la cabeza puesto, cuando, clavando los ojos en la puerta de la pieza, vió, no con pequeña admiración de sus ojos y mayor de su corazón, entrar un hombre tan cubierto de luto que pudiera segunda vez retar á Zamora, y después dél dos mujeres en el mismo traje,—aunque el de la más moza representaba mayor dolor, porque traía cubierto el rostro con el manto negro y basto—, á quien seguía el pajecillo, no menos enlutado, y llevándola una falda tan larga que, dejándola caer luego como entró en la sala, ocupó todo el suelo.

Hicieron al enfermo tres reverencias, todas por un compás: la primera al entrar por la puerta, la segunda en medio del aposento y la tercera al tiem-

po de tomar las sillas. Sentáronse las dos hembras, y arrimáronse á un lado, descubiertos, los varones, porque pareció convenir así: que también Montúfar, que hasta entonces había representado el papel de hermano, le hiciese de criado. El enfermo las recibió quitándose con las manos un bonete de seda que, sobre el tocador, tenía puesto en la cabeza, y diciendo:

—Beso las manos de vuestras mercedes mil veces. ¡Oh, cuánto me pesa, nobles señoras, del doloroso traje! Díganme vuestras mercedes, así la causa dél, como la ocasión de venir á hacerme este favor en hora tan fuera de costumbre para las mujeres principales.

Aquí Elena, que sabía que una mujer hermosa tal vez persuade más con los ojos llorando que con la boca hablando, en lugar de razones, acudió con una corriente de copiosas lágrimas tan bien entonada, ya alzando, ya

bajando, limpiándose ya con un lienzo los ojos por mostrar la blanca mano, y ya retirando el manto porque se viesen en el rostro las lágrimas—que, cuando es hermoso, tanto obligan á piedad vistas como oídas—, que á quien tuviera el pecho tan duro como la condición de un miserable, rindiera, y le forzara á compadecerse. Estaba el viejo en éxtasis, y cuando esperaba conocer de dónde traía el origen tan desesperado sentimiento — porque el río de los ojos de Elena que se había extendido por todo el campo de la cara, sufría ya márgenes y se volvía, como dicen, á la madre—, la anciana vieja, que le pareció empezar por donde la compañera acababa, acometió con tanto brío, que mal año para lo que la otra había llorado; al fin, como persona que de muchos años atrás estaba enseñada á hacello de sol á sol sin necesidad. Advirtió que sería de mucho efeto para el auditorio acudir al ade-

mán de los cabellos, y tirando de unos que ella traía postizos toda la vida para hacer más al vivo semejantes pasos, pareció que los arrancaba á manojos; el muchacho, que estaba detrás de las sillas, cuando le hicieron la seña que entre ellos venía concertada, derramó lo que fué bueno: haciendo todos tres una capilla que se pudiera alquilar, si fuera el tiempo del Cid Ruydiaz, para plañir los difuntos.

El miserable oyente humedeció también la cara y, esforzándose para hablarlas, las conjuró por todos los santos del Cielo para que, corrigiendo el llanto, le diesen parte de su principio; porque aseguraba, á fe de caballero y honrado montañés, que la menor prenda que por ellas aventuraría sería la hacienda: porque la vida poca que le quedaba, con mucha liberalidad la perdería en su servicio, pesándole de no estar en los primeros tercios de la edad—cuando la sangre arde y los

miembros se hallan fáciles—para que conocieran en las obras sus deseos.

Oyéronle más blandas, serenaron los semblantes, y pareciéndoles que en el llanto habían andado tan cumplidas como quien ellas eran y que contradecía á buena razón gastar allí todo el caudal, porque no sabían en las necesidades que adelante con el tiempo se verían desta moneda, demás de que se perdía en la dilación, la vieja, echándose el manto en los hombros porque el rostro venerable obligase más, empezó á orar de este modo:

—Guarde el Cielo á vuestra merced, señor don Rodrigo de Villafañe, y déle la salud que puede; que aunque nosotras le traemos malos instrumentos para tenella—porque pesares grandes, más son agentes que solicitan la muerte—, se la deseamos con veras. Pero cuando las ocasiones vienen tan estrechas que es fuerza huir, naide hay que no se arroje por la ventana, si no halla

cerca la puerta. El caso es apretado, y la razón nos avergüenza dando gritos.

Aquí se dió el viejo una palmada y, arrancando un suspiro, dijo:

—¡Plega á Dios que yo me engañel ¡Es alguna mocedad ó, por mejor decir, necedad, de las que hace mi sobriño! No querría que por adivino me azotasen. Prosiga vuestra merced y, si puede, no pára hija, porque será darnos muy mala noche.

Cobró Elena con esto un ánimo valeroso, y acometióle diciendo:

—Pues vuestra merced, por tantas experiencias, conoce sus liviandades y sabe que no tiene ley si no es con sus apetitos desordenados, no se le hará nuevo á los oídos mi caso, porque habrá remediado otros muchos semejantes. Cuando vuestra merced, por mi desdicha, este verano pasado envió á ese caballero á nuestra tierra, me vió en una iglesia, adonde, si fuera verdad lo que él me dijo, los dos nos pudiéramos

quedar en ella: yo retraída como matadora, y él sepultado como difunto; porque me afirmó que mis ojos habían sido poderosos á quitalle la vida, valiéndose del lenguaje común y tretas ordinarias. Siguióme hasta mi casa y, aunque pudiera respetarme por mis deudos entonces — pues en ella conoció la calidad de mi sangre—, no quiso; escribióme, paseó mi calle, de día á caballo y de noche á pie acompañado de músicos y, al fin, por morir consolado hizo todas las diligencias posibles, como prudente enfermo. Pero viéndose de mí cada día peor acogido y que los ruegos eran de poco efeto, aconsejado de una esclava berberisca—que era de mi madre, que vivía entonces— á quien él había ofrecido libertad, fué á cierta huerta donde yo las mañanas del verano solía—como quien tiene el ánimo limpio de sospechas, sola y sin más compañía—ir con ella de la mano á recrearme. Y habiéndose encerrado

en los aposentos del casero y guarda que la asistía, á quien con cierta industria envió al lugar, no quedando allí sino un muchacho de edad de once á doce años, aguardó á que yo estuviese dentro y, quitándole las llaves cuando le pareció ocasión, se hizo dueño de las puertas; donde, con una daga que me puso á los pechos, alcanzó con villana fuerza lo que no había podido con blanda cortesía: para cuyo efeto, cuando me vió rendida, dejó caer la daga en el suelo. A este tiempo, volvió el hortelano acompañado de otros y llamando á las puertas con priesa: él, que temió más á la pena del delito que á la vergüenza de habelle cometido, huyó por una tapia dejándose allí las llaves, con que el muchacho abrió á su padre y los demás que lo acompañaban. Yo alcé la daga y, guardándola, esforcé el ánimo para que en el rostro no se conociese, por la alteración, que estaba disgustada. La esclava, que para dar

más colores á la cautela había hecho que me defendía,—con tanto artificio que se dejó herir en una mano, adonde fué necesario apretarle un lienzo—, se llegó á mí, y haciéndose muchas cruces invocó todo el poder del Cielo para que con todas las penas del infierno castigase tan mal hombre; maldíjole una, y otra, y tantas veces, llenando su rostro de lágrimas, que parecía verdad, aunque yo conocía bien su alevoso pecho, ejercitado en traiciones. Pero convínome por entonces tomarlo por el precio que me lo vendían: disimulé todo lo más que pude y volví con ella á mi casa, de donde faltó dentro de pocos días; nunca dije—aunque lo conocí, como persona que pisaba sobre la malicia—quién nos había hecho el mal juego; callé, sin dar parte ni de lo uno ni de lo otro á naide en la tierra, librando en el Cielo la satisfacción. El se ausentó, y mi madre murió sin dejarme más sombra que la de mi tía que,

á no tener hijas mozas de cuyo remedio ha de tratar en primer lugar, era bastante arrimo; supe que este caballero estaba tan lejos de poner los ojos en su obligación, que se casaba: y así, vine con la mayor diligencia que he podido á dar parte á vuestra merced, para que antes que salga desta pieza, me dé para entrarme monja — ó en dinero de presente ó en joyas que lo valgan — dos mil ducados: porque cuando él esta noche, con gusto de vuestra merced y todos sus deudos, me quisiera por mujer, diera de mano al ofrecimiento, porque no tengo por seguro hombre tan determinado. Y si vuestra merced no se resuelve presto, iré á poner impedimento, porque, según tengo entendido, antes de un hora se efetuará el desposorio y no es mi intención perder la solicitud y pasos que desde León hasta Toledo con tanto trabajo hemos dado. Y para que vuestra merced vea el instrumento de

la traición y conozca en él mi verdad, esta es la daga que me puso al pecho.

El venerable viejo, que había oído atento y desde el principio le había parecido el caso fiel, cuando vió la daga y la conoció, dió en su ánimo entero crédito, donde hizo este breve discurso: «Si yo enviase á llamar á mi sobrino y le sacase de entre tantos caballeros, sería dar nota y quizá ocasión de que algunos curiosos le siguiesen, de los que en esta pretensión le han sido competidores, y entendiendo de las voces que han de dar estas mujeres la bajeza de su ánimo, llevasen nuevas á la novia que fácilmente desconcertasen las bodas, perdiendo en un hora lo que con mucho trabajo y costa he pretendido muchos años. ¡Bueno es que quien arrojó al mar, por salvar su persona, las joyas, la plata y el oro, repare en la ropa! ¿He gastado lo más y dudaré en lo menos? Fuera de que la hazaña es muy propia de su corazón, y segu-

ramente la creo; no desdice el paño: todo es de un color y de una misma pieza.»

El así discurría cuando, viéndolas hacer ademán de levantarse para ir á ejecutar lo que tenían propuesto, las detuvo, dando al paje la llave de un escritorio, de donde sacó la cantidad en oro, en doblones de á cuatro, y se la entregó, contándola Montúfar—que se hizo entregado en ella—doblón sobre doblón; con que, diciendo que á la mañana se verían, tomaron la puerta y tras ella el coche, guiando á Madrid: pareciéndoles que si les siguiesen, sería por el camino de León.

La huéspedada del mesón, viendo que no venían á recogerse, quiso reconocer los aposentos, donde, hallando encerrado aquel preso de amor y necesidad, le envió libre, tanto porque le conoció y creyó dél la historia, como porque no le faltaba cosa alguna de sus muebles.

LA HIJA DE CELESTINA Y DEMÁS COMPAÑEROS PROSIGUEN SU CAMINO Y ELLA CUENTA Á MONTÚFAR SU VIDA Y NACIMIENTO.

Poníales el miedo alas á Elena y sus compañeros, y al cochero cierta cantidad con que le untaron las manos dándole á entender que para negocio de mucha importancia les convenía pasar á Madrid; y así, más parecían aves por el viento que caminantes por la tierra. El que mal vive no tiene casa ni ciudad permanente, porque antes de poner los pies en ella, hace por donde volver las espaldas, ganando, con uno á quien ofende, á todos por enemigos: porque, como se recelan justamente de igual daño, reciben la ofensa por común; y aunque sea criatura tan desamparada del socorro del Cielo que nunca tenga pesar del mal que hace, por lo menos jamás le falta el del temor, considerando cuán grandes casti-

gos le están guardados si da en las manos de la justicia.

Este oficio miserable—que, con tanto estudio y peregrina diligencia, infinitos aprenden—de robar lo ajeno, tiene una condición extraña en que de los otros mucho se aparta, y es que á los demás lo que ordinariamente les sucede [es que] sus profesores viven tantos años en ellos que, vencidos de la edad, viéndose inútiles para el trabajo, los dejan porque les faltan fuerzas y no vida: pero á este ejercicio de quien vamos hablando, como mueren siempre en lo más verde y lozano de la edad, en manos ajenas y con no poco acompañamiento los que dél se valen, déjanlo por falta de vida y no de fuerzas.

Hombre, ¿es posible que, cuando no tengas ojos para ponellos en el respeto que á Dios debes, pisando la honra que tus padres te comunicaron,—que aunque fuesen de humilde nacimiento, como viviesen debajo de

las leyes sin ofensa de Dios y de su vecino, eran nobles en lo más importante—, que quieras más la baja de un vicio que veinte años de vida que te quita un verdugo? Locuras tiene el mundo y naide hay en él tan bien aconsejado que deje de alcanzar su parte; pero ésta es, sin duda, la más ciega y á quien aun no ampara ni disculpa la flaqueza natural, si no es en el último extremo.

Ellos caminaban, y, aunque la hora de la noche pedía sueño, el temor no [lo] consentía, porque es cama muy dura: sobre ella naide descansa; al más perezoso inquieta y desvela, haciéndole contar igualmente todas las horas de la noche, que, aunque sea muy breve, siempre lá que no se duerme parece una eternidad. Elena, que quiso divertir á Montúfar para que no se desanimase, porque en los suspiros que iba dando mostraba más arrepentimiento que satisfacción, dijo así:

«Muchas veces, amigo el más agradable á mis ojos y, por esta razón, entre tantos elegido de mi gusto, me has mandado, y yo he deseado obederte, que te cuente mi nacimiento y principios, y siempre nos han salido al camino estorbos que no han dado lugar. Agora nos sobra tiempo, y el que nos corre, tan triste, que necesita mucho de que le busquemos entretenimiento; y porque el que yo te ofrezco sin duda te será muy apacible, por ver si en la mucha ociosidad desta noche puedo dar fin á lo que tantas veces empecé, prosigo:

Ya te dije que mi patria es Madrid. Mi padre se llamó Alonso Rodríguez, gallego en la sangre y en el oficio lacayo, hombre muy agradecido al ingenio de Noé por la invención del sarmiento. Mi madre fué natural de Granada y con señales en el rostro, porque los buenos han de andar señalados para que de los otros se diferencien: servía en Madrid á

un caballero de los Zapatas, cuya nobleza en aquel lugar es tan antigua que nadie los excede y pocos los igualan. Al fin: esclava; que no puedo yo negarte lo que todos saben. Llamábanla sus amos María y, aunque respondía á este nombre, el que sus padres la pusieron, y ella escuchaba mejor, fué Zara. Era persona que en esta materia de creer en Dios se iba á la mano todo lo que podía, y podía mucho, porque creía poco; verdad es que cumplía cada año con las obligaciones de la Iglesia, temerosa destos tres bonetes que dejamos en Toledo, porque de su cárcel salieron á morir mis abuelos; íbase á los pies del confesor á referir los pecados de sus amos, de quien siempre se quejaba: porque su persona la justificaba tanto que, si fuera verdad lo que ella al padre de su alma decía, la pudieran canonizar. Pareció bien en su mocedad, y tanto, que más de dos de las cruces verdes y rojas desearon mez-

clar sangres, ofreciéndole la libertad; pero ella, que con natural odio, heredado de sus mayores, estaba mal con los cristianos, se excusó de no juntarse con ellos, y así hizo desto firme voto á su Profeta, que observó rigurosamente, exceptuando los gallegos, por parecelle que entre ellos y los moriscos la diferencia no es considerable. Bajaba á lavar la ropa de sus amos y la de algunos criados de importancia, los sábados, á Manzanares, río el más alegre de fregonas y el más bien paseado de lacayos de cuantos hoy se conocen en España: en cuya prueba, si fuere necesario y alguien lo dudara, trujera muchos lugares autorizados de poetas. Allí acudían á celebralla, el rato que podían hurtar á sus amas, todos cuantos esclavos había de sillas en la Corte, y ella igualmente remediaba necesidades, con la misma voluntad, al de Túnez que al de Argel, aunque á los de Orán parece que con

alguna diferencia de más agrado recibía, porque tenía deudos en aquella tierra; y aunque no la traían cartas de favor en recomendación, ella sabía á lo que debía acudir, y así lo hacía con toda diligencia. Túvola tanta en agradecer á su ama, que, cuando murió, la dejó libre en agradecimiento de que la acabó de criar una criatura con mucha salud, después de haber andado en manos de infinitas amas enferma, y tanto, que los médicos desesperaron de su vida; púdolo hacer ella muy fácilmente, porque los más años, imitando á la buena tierra, daba fruto: que de algo la había de servir la conversación de tanto mozo caballero con quien solía emboscarse por aquel soto y quitarse todos los malos deseos. Luego que se vió libre, como para acudir á las necesidades desta vida—que son tantas, y todas tan importunas—quien nace sin renta ha menester oficio, se aplicó al de lavandera; y hacíalo con tan extre-

mada gracia y limpieza, que quien no traía la ropa lavada de manos de la morisca, no pensaba que podía parecer, á los ojos curiosos de tanto cortesano, sin vergüenza. En este tiempo, que ya ella estaba cerca de cumplir una cuarentena de años, se casó con el buen Rodríguez, aquel mi honrado padre que Dios haya perdonado; admiráronse mucho todos los que le conocían la condición, de que hubiese celebrado bodas con una mujer que traía siempre las manos en el agua; pero él se excusaba con decir que al amor todas las cosas son fáciles. Hízose luego preñada de mí, que, por habérsele muerto los demás hijos, lo deseaba mucho; el parto fué feliz, porque no le trujo la costa peligrosa de dolores y ansias que otros suelen. Ya ella había mudado de oficio, porque volviéndosele á representar en la memoria ciertas liciones que la dió su madre—que fué doctísima mujer en

el arte de convocar gente del otro mundo, á cuya menor voz rodaba todo el infierno, donde llegó á tanta estimación que no se tenía por buen diablo el que no alcanzaba su privanza—, empezó por aquella senda; y como le venía de casta, hallóse en pocos días tan aprovechada que no trocara su ocupación por dozientas mil de juro, porque creció con tanta prisa este buen nombre que, antes que yo pudiese roer una corteza de pan y me hubiesen en la boca nacido para ello los instrumentos necesarios, tenía en su estudio más visitas de Príncipes y personas de grave calidad que el abogado de más opinión de toda la Corte; y naide se espantaba dello, antes todos conocían ser puesto en razón, porque también ella parecía que era necesaria en juicio y defendía causas de tal suerte que en el tribunal del Amor no se determinaba negocio sin su asistencia, porque era sujeto en quien concurrían todas las

partes necesarias: oía á todos con atención, despachaba con puntualidad y satisfacción de la parte, y al que no tenía justicia le desengañaba luego; si se prendaba por Pedro y era su contrario Juan, le huía el rostro, avergonzándose infinito de lo mal que en esto proceden muchos juristas; y así, decía muchas veces: «No quiero abarcar mucho, viviendo con malos tratos. Hágame Dios bien con lo que lícitamente puedo ganar, que con eso lucirá mi casa y crecerá mi hija.» Y, sobre todas las gracias, tenía la mejor mano para aderezar doncellas que se conocía en muchas leguas, fuera de que las medicinas que aplicaba para semejantes heridas estaban aprobadas por autores tan graves, que su doctrina no se despreciaba como vulgar. Y hacía en esto una sutileza extraña: que adobaba mejor á la desdichada que llegaba á su poder segunda vez, que cuando vino la primera. De modo fué, amigo, lo que te

cuento, que sucedió en realidad de verdad que hubo año, y aun años, que pasaron más caros los virgos contrahechos de su mano que los naturales: ¡tan bien se hallaban con ellos los mercaderes deste gusto! Parecía que tenía tantas almas como personas con quien trataba, porque se ajustaba tan estrechamente á sus voluntades que cada uno pensaba que era otro él. Como el pueblo llegó á conocer sus méritos, quiso honrilla con título digno de sus hazañas, y así la llamaron todos en voz común «Celestina», segunda de este nombre. ¿Pensarás que se corrió del título? ¡Bueno es eso! Antes, le estimó tanto, que era el blasón de que más cuenta hacía.

Mientras ella andaba en estos ejercicios, el bueno de mi padre acudía á sus devociones, en cuya jornada, como iba á pie y eran tantas, sólo Dios y él saben los muchos tragos que pasaba, haciendo tan largas oraciones que mu-

chas veces se quedaba arrobado horas y horas, y aun las noches y días enteros. Pasólo bien mucho tiempo, hasta que un muchacho, que le andaba á los alcances, dió noticia á los demás, y, entre otros renombres que le achacaron, el que más le dolió fué «Pierres». A los principios de esta persecución que él padecía del vulgo pueril—que suele ser el más desvergonzado y el menos corregible— valióse de una industria, que fué excusarse de las calles principales: pero él hizo obras tales que llegaron á conocelle en los últimos arrabales, donde le cantaban la misma musa. Estuvo muy determinado—casi, casi resuelto—á tener vergüenza, apartándose deste mal vicio por excusarse de la afrenta; pero, como achaque antiguo y envejecido en la persona con la edad, curóse mal y por más que afirmó los pies volvió á dar de cabeza, sin hallarle remedio los médicos; que con esta enfermedad acabó sus días, con

no poco dolor del pueblo que con él se entretenía, en este modo: En una fiesta de toros donde se hallaron los Reyes, entró á romper unos rejonos en presencia de los ojos de su dama—por pagarles un singular favor que le habían hecho—cierto Príncipe, acompañado de más de dozientos lacayos, todos de una librea; entre los que vistió fué uno mi padre y, como él, antes de entrar en la plaza, hubiese acudido á sus estaciones y trujese la cabeza trabajosa, tanto, que se había bajado el gobierno del cuerpo á los pies, pensando que huía del toro, le salió al camino y se arrojó sobre sus cuernos. Llegaron á priesa para velle todos los caballeros, pero ya él había dado su alma á Dios, y á la tierra más vino que sangre. A todos les pesó y á su amo más que á todos: al fin, con traerle á casa para que le diésemos sepultura, le dieron pago. Mi madre y yo le lloramos, como cuerdas, lo menos que

pudimos y aun para esto fué menester esforzarnos. Decían unos vecinos nuestros—gente de no mala capa, pero de ruin intención—, considerando la vida de mi padre, que fué pacientísima, y después la muerte en los cuernos de un toro, que se había verificado bien aquel refrán: «¿Quién es tu enemigo? el que es de tu oficio»; y sobre esto glosaban otros, extendiéndose á muy largos comentarios. Nosotras hicimos á todo oídos de mercader, hasta que el tiempo, que olvida las cosas más graves, sepultó ésta entre las demás.

Ya yo era mozuela de doce á trece y tan bien vista de la Corte, que arrastraba Príncipes que, golosos de robarme la primera flor, me prestaban coches, dábanme aposentos en la comedia, enviábanme en las mañanas de Abril y Mayo almuerzos, y las tardes de Julio y Agosto meriendas, al río de Manzanares. Mirábanme invidiosas algunas destas doncelluelas fruncidas, y

decían: «Miren con el toldo que va la hija de Pierres y Celestina», sin acordarse que yo me llamaba Elena de la Paz: Elena, porque nació el día de la Santa, y Paz, porque se llamaba así la comadre en cuyas manos nació, que, sacándome después de pila, quiso hacerme heredera de su nombre. Ellas me cortaban de vestir aprisa, y mucho más los sastres: porque como mi madre se resolviese á abrir tienda—que al fin se determinó antes que yo cumpliese los catorce de mi edad—, no hubo quien no quisiese alcanzar un bocado, obligándome primero con alguna liberalidad: y fueron tantas las que conmigo usaron, que ya me faltaban cofres para los vestidos y escritorios para las joyas.

Tres veces fui vendida por virgen. La primera á un eclesiástico rico. La segunda á un señor de título. La tercera á un ginovés, que pagó mejor y comió peor. Este fué el galán más asis-

tente que tuve: porque mi madre envió un día, valiéndose de sus buenas artes, en un regalo que le presentó, bastante pimienta, para que se picase de mi amor toda su vida; andaba el hombre loco, y tanto, que habiendo destruído con nosotras toda su hacienda, murió en una cárcel habrá pocos días, preso por deudas.

Temióse mi madre de la Justicia y quiso mudar de frontera: partímonos á Sevilla, y en el camino, por roballa, unos ladrones la mataron; y acompañárala yo en esta desdicha si no me hubiera quedado, en razón de venir con poca salud, más atrás dos leguas.

Supe la triste nueva de su muerte luego y, sin pasar más adelante, me volví á Madrid, donde te encontré en casa de aquella amiga y me aficioné de tus buenas partes, siendo el primer hombre que ha merecido mi voluntad y con quien hago lo que los caudalosos ríos con el mar—que todas las aguas

que han recogido, así de otros ríos menores como de varios arroyos y fuentes, se las ofrecen juntas—, dándote lo que á tantos he quitado.

De allí, como tú sabes, pasamos á esta ciudad de Toledo, de donde volvemos tan acrecentados que, si tú no tuvieras más angosto el ánimo de lo que yo pensé, trujeras mejores alientos. Y porque parece que la conversación ha sido salsa que te ha hecho apetecer el sueño, sosegando algún tanto la inquietud de tu espíritu, reclínate un poco y reposa, considerando que todo lo que el miedo es bueno antes de cometer un delito porque suspende la ejecución dél, es malo después, porque turba al culpado tanto que suele, en vez de huir de quien con diligencia le busca, ponerse él mismo en sus propias manos.»

VÉSE LA HIJA DE PIERRES Y CELESTINA EN PELIGRO DE PAGAR CON LA VIDA EL HURTO, Y LÍBRASE POR SU HERMOSURA.

Ya Montúfar dormía y el Alba despertaba—tan bella que el ave, la planta, la flor y la fuente la saludaban cada uno á su modo, el ave cantando, la fuente riendo, la flor y la planta comunicando al aire más vivo olor— cuando allá el desposado, cansado de la noche y más sobrado de mujer de lo que él quisiera, deseaba huir la compañía y la cama.

Apretábanle mucho los deseos de la forastera hermosa — que la imaginación, más perfecta se la pintaba mientras más en ella discurría—haciendo agravio y bien grave ofensa á su esposa, por ser mujer que podía pretender lugar entre las que mejor en la ciudad parecían; y se le daban de justicia, tanto, que en el tiempo que se pudo

dejar servir honestamente, despertó muchos cuidados, llevándose las voluntades de hombres cuyos corazones altivos siempre se ocupaban en los mejores sujetos; y alguno dellos siguió con tal fiel espíritu esta carrera, que en aquel mismo tiempo suspiraba por la posesión que don Sancho aborrecía.

¡Qué de faltas tiene este ídolo de la Naturaleza, que se ha usurpado, siendo tirano, el nombre de Amor! No sé cómo hay en el mundo quien le mire á la cara, admitiéndole siempre en sus conversaciones la gente más principal; y no es la menos importante esta de no conformar voluntades. El otro suspiraba por la desposada, ella por el ingrato que tenía al lado—á quien amaba con verdad de corazón y le había conocido la tibieza de la voluntad—y él por la fugitiva Elena; y entre los tres, quien justamente merecía grave pena era el triste, el infeliz don Sancho, pues pudiendo descansar en los hones-

tos y hermosos brazos de su mujer, cudiaba los de una vil ramera que había sido y era pasto común, entregándose por bajos precios á todos aquellos que con medianas diligencias la pretendían.

Tan torpe es la condición de nuestro apetito, que aborreciendo el manjar limpio y saludable, jamás se ve harto del más dañoso y grosero. Sírvenle al otro Príncipe plato de tanto regalo y curiosidad que sólo su olor consuela de tal suerte que, cuando no trujeran otra salsa sino ésta, bastaba para poner alientos á los que há cien años que están debajo de la tierra; y después de haberlos mirado con mucho desdén y probádoslos con más ansias y melindres que una preñada primeriza, manda que los levanten y le suban la chanfaina que está aderezada para que coman los criados, y da tras ella con tan buen ánimo que parece arriero que, después de haber caminado desde que se

rió el Alba hasta las nueve ó diez de la noche sin comer más de lo que almorzó, se sienta á cenar en la posada tan cansado y hambriento que corren peligro los huéspedes si no le acuden con puntualidad y abundancia. Todo este mundo está lleno de malos gustos, y el peor es de los señores, porque, como les sobra el bien, le desprecian y buscan el mal á costa de muchos pasos, á fuerza de infinitos dineros y á importunación de prolijos ruegos; permitiéndolo así el Cielo, porque, fuera del pesar tras quien se afanan, no le tengan menor en el cansancio con que le solicitaban.

Hombre miserable, que pierdes la ocasión de ser el más dichoso de la tierra: tú, á quien dió el Cielo las dos mayores comodidades, las dos más grandes ventajas que puede tirar el gusto humano, como son larga hacienda y mujer propia que te iguala en la calidad, hermosa en las partes del cuer-

po, discreta en las del alma, y en las unas y en las otras, á tu satisfacción y á la de los ojos de tus vecinos — que siempre en esta materia ven más que los tuyos — honesta y vergonzosa: ¿qué buscas, si tienes dentro de tus puertas, debajo de tus llaves, para el alma entretenimiento, para el cuerpo deleite, seguridad para la honra, acrecentamiento para la hacienda y, al fin, quien te dé herederos que en la mocedad te entretengan, en la vejez te sirvan y respeten, y después de muerto te honren con sus virtudes tanto que, viviendo en ellos tu nombre, se halle tu sangre mejorada? ¿Sabes, por tu vida, adónde vas? Pues espérate un poco, oye, que no seré largo: á quemar tu hacienda, á echar por el suelo tu reputación, á volver las buenas voluntades de tus deudos y amigos espadas que deseen bañarse en tu sangre!

¿Que fías en tu mujer, porque ahora es santa y virtuosa? ¡Ay! ¡Qué poco le

debes á la experiencial! ¡Mal conoces las flaquezas de nuestra naturaleza miserable! Amigo, el caballo más bien castigado, el que se ha llevadó en fiestas públicas los ojos y las voluntades de la plaza, si sube en él un mal jinete que á un mismo tiempo le tira rienda á dos manos y le clava las espuelas con dos piés, arroja coces y no para hasta tendelle por el suelo, con vergüenza suya y risa de los ojos que le ven. La mujer honesta, la de más buen ejemplo, si la ponen ocasiones apretadas, se cansa, si no en ésta, en aquélla, y si no en aquélla, en la otra, y dando corcovos, corre desenfrenada, y no para hasta dar con el marido y su honra por uno y otro despeñadero, sin dejar barranco adonde á él y á ella no los arrastre!

Verdades he dicho, y muchos me oyen: á quien bien le pareciere, cárguese de ellas y provea su casa; que yo de balde las ofrezco.

El reloj dió las diez del día, cuando á don Sancho le metieron en la cama un papel de su tío, en que le refería el caso de la noche pasada y cómo estaba desengañado de que no tenía culpa, porque aquellas mujeres, después de haberlas buscado personas de mucho cuidado por el lugar, desde que amaneció hasta aquella hora, no parecían en ninguna posada ni mesón; y así, le pedía que le hiciese placer de despachar uno de sus criados en busca suya por el camino de Madrid, porque por todas las demás partes, si no era ésta, habían salido personas de confianza.

Don Sancho, que era mal sufrido y se sintió tocado en la parte más dolorosa, ya agraviado de la burla, ardiendo en justo coraje, ya pesaroso de la hacienda perdida, pidió de vestir con muchas voces, y contando brevemente á su mujer y cuñados que habían robado á su tío la noche pasada unos ladrones—sin decilles el modo, aunque

la cantidad sí—, mandó que le buscasen postas, y sin ser bastantes los ruegos de todos los presentes á detenelle, comiendo un bocado, después de haber tomado del pajecillo de su tío, que fué el que alumbró á Elena al apearse y al subir del coche, así las señas dél como las del cochero, se puso á caballo con dos criados á quien él tenía por hombres seguros para cualquier ocasión peligrosa y corrió la posta camino de Madrid.

Iba tan divertido de la ira, tan sujeto al deseo de la venganza, que no se acordaba de Elena, hasta que, después de haber corrido seis leguas, al mudar otra vez la posta, como estaba ya más gastado el enojo y se le había aflojado un poco la pesadumbre, tuvieron lugar otros pensamientos de hacer su oficio. Vió en ellos tan hermosa y agradable á su forastera que mil veces quiso volver las riendas á Toledo, y decía estas razones consigo á solas: «¿Es

posible que soy tan tirano de mi propio gusto, que al tiempo que mis piés se habían de ocupar en buscarme este bien que tanto deseo, voy huyendo del lugar adonde la vi; que sería triste yo y mil veces miserable si aquel ángel á quien dí el alma, como era mujer forastera, no estuviese en la ciudad cuando yo volviese? Justamente pagaría este mal consejo con dar desesperado fin á mis verdes años. ¿Qué me suspendo tanto en esta consideración? Volvamos, volvamos, y sea luego. ¡Oh, posta: y qué cierto es que si como corres con largo paso, fueras tan veloz que usurparas su vuelo al águila, me habías de parecer en esta ocasión perezosa! Mas, ¿con qué reputación puedo, sin llevar ninguna razón de lo que salí á buscar, parecer á los ojos de aquellos contra cuya opinión intenté esta jornada, dejando que de mí se burlen unos ladrones que—por camino tan nuevo que no se sabe otro ejem-

plar—robaron la casa de mi tío y des-
acreditaron mi reputación?»

Esta batalla tan sangrienta se daba en el corazón del pobre mozo, cuando, antes de llegar á Jetafe, descubrieron el coche de Elena los criados, que del muchacho habían tomado las señas puntuales, y empezaron á decir en voz alta:

—¡Albricias, señor, albricias: aquel es, no hay duda! ¡Es, por Dios, lo que buscamos!

—Miradlo bien—dijo él.

—No hay que mirar—replicaron.

—Malo está de conocer—respondió-
les don Sancho—. Pues caminad más,
y detenedle.

Obedecieronle, haciendo parar el coche con no poco ruido, poniéndosele adelante con las espadas desnudas, diciendo:

—Por Dios, señores ladrones, que han echado mal lance: caído han en el lazo.

Alborotóse el cochero, y más Montúfar, á quien Elena hizo quitar del estribo, y poniéndose en él para el remedio de tanta turbación, vió que ya llegaba don Sancho, que venía con la daga desnuda con intento de herir con ella á quien hallase más cerca. Pero, ya que estaba junto, al tiempo que alzaba el brazo para ejecutar el golpe, reconoció los ojos que le habían vencido; y refrenando la mano y dando lugar á la vista que de espacio examinase la verdad de aquel rostro y viese si era el que él tanto amaba como de repente le había parecido, como se afirmase segunda vez y reconociese ser así, pensó que sus criados le habían engañado, porque siempre de la cosa amada presume el amante inclinaciones honradas y nobles respetos. Y como si él conociera á Elena por persona abonada, desde el día de su nacimiento, y no fuera posible en el mundo que mujer de tan buen talle fuera ladro-

na, como verdaderamente lo era, arrojando la daga y desnudándose la espada, dió tras ellos diciendo:

—Pícaros, hombres viles, ¿no os dije antes de llegar á este coche que mirá-sedes bien si era lo que se buscaba? ¿Por qué no lo considerastes?, locos. ¿Por qué quisistes que diéramos de ojos en tan vergonzosa afrenta?

Los pobres criados, como no traían otro testimonio más autorizado que las señas que habían recibido del pajecillo y viesan la rara belleza de aquella mujer—que á todos obliga un hermoso rostro, y más cuando el sujeto es peregrino—dándose por vencidos y volviendo las espadas á su lugar, les pareció que sin duda se habían engañado y que su amo tenía mucha razón, culpándolos justamente y haciéndoles de cortesía el no cortalles las caras y rompelles las cabezas.

Don Sancho pidió á Elena perdón, contando la causa del atrevimiento de

sus criados, suplicándola considerase cuán fácilmente se engaña una persona, y más, apasionada.

— Mire vuestra merced, señora, —prosiguió diciendo—, á lo que está sujeta la gente principal en el mundo: pues si yo no vengo aquí acompañando á éstos, alborotan ese lugar primero y, valiéndose de los recaudos que traen, vuelven á vuestra merced presa á Toledo por ladrona. Bien creo yo que vuestra merced lo es, y tanto, que por vida mía que no jure yo en su abono: pero de voluntades y corazones. Que de tan bello rostro más lícito es presumir que roba almas, que dineros.

Elena agradeció al Cielo que la hubiese dado tan buena cara que ella sola bastase á servir de disculpa de todas las obras malas que hacía, sin traer más testigos en su descargo; y quietando su espíritu, satisfecha de que los mismos que habían venido á buscarla la desconocían, respondió con

mucha modestia, palabras breves: porque quien mucho se disculpa cuando nadie le acusa, abre la puerta á toda sospecha y mala presunción.

Don [Sancho] * se admiraba de ver por el camino tan extraño que había hallado lo que él injustamente llamaba su bien, y loco decía que sin duda las estrellas le querían dar ocasión de quedalles agradecido toda su vida en aquellos amores, pues le recibían con los brazos abiertos, guiándole ellas para que los hallase y trayéndole como forzado, pues tantas veces quiso volverse á buscarlos donde era fuerza perderlos para siempre. Preguntóle su nombre y en qué barrios de Madrid se aposentaba, porque iba con intento de serla muy gran servidor, si le daba licencia. Ella le dijo que estimaba mucho la merced, y mintiéndole en el nom-

* En la edición que tenemos á la vista dice «Don Rodrigo». Y cada vez que se trata de este personaje en el resto del capítulo, y en todo el siguiente, subsiste el error.

bre y la casa, asegurándole que llegados que fuesen allá se hablarían más largo, le pidió que prosiguiese su jornada y no tratase de querella acompañar, porque era mujer casada y la esperaba una legua de Madrid su marido en un coche de rúa; fuera de que no se fiaba de los criados que traía al lado. Dióla crédito, y pareciéndole que las razones obligaban, contentándose con aquel breve rato por buen principio de su pretensión, cobrando ánimo con el airecillo de las esperanzas que se había levantado en su pensamiento, picó la posta y pasó á Madrid.



DON SANCHO SE VUELVE Á TOLEDO, Y DE ALLÍ PASA Á BURGOS, CANSADO DE BUSCAR EN MADRID Á ELENA, Y ELLA Y MONTÚFAR HUYEN DE LA CORTE EN HÁBITO DE PEREGRINOS. ELENA HACE UNA BURLA Á MONTÚFAR, DE QUE ÉL TOMA SATISFACIÓN.

Las congojas y fatigas de un amante, la inquietud de su pecho, la eterna solicitud de sus ansias, no consiente comparación: es calentura con crecimientos, que no deja sosegar al enfermo, que, dando vueltas en la cama, buscando alguna parte fría que alivie su fuego, en todas halla su daño. Ya pide que le aderecen la cabecera más alta y se arrimá á una torre de almohadas que en breve tiempo arroja por el suelo; ya que le pongan á los ojos variedad de vidros preñados de agua, por bebella con ellos en tanto que á la boca le dan licencia; ya se alegra con las visitas de los amigos, ya se ofende

de que toquen los umbrales de la puerta. Al fin: aquel miserable cuerpo no sosiega hasta que la calentura se despide. Triste del amante que corre tras el interés torpe de su apetito, pues no conoce lugar de reposo en tanto que no consigue el efeto de su deseo. ¡Dura ley estableciste, dura y forzosa, Madre Naturaleza, cuando obligaste al hombre, rey de todas las criaturas, á que siguiera los antojos de una mujer fácil que sólo desvela en buscalle su perdición!

Así padecía el miserable don Sancho, que tres días ocupó su persona en buscar á Elena, valiéndose también de las diligencias de sus criados, encargándose muchos amigos del mismo cuidado; pero perdían el tiempo y los pasos: porque, otro día siguiente, Elena, Montúfar y la honrada vieja, recelándose justamente del peligro á que se arrojaban si prosiguiesen con la conversación del caballero toledano—de

quien era dificultoso guardarse, viviendo todos dentro de unos mismos muros—, encomendando sus muebles á personas de satisfacción y llevando consigo todo el dinero y joyas que tenían, se vistieron unos hábitos de peregrinos, y tendiendo las velas, para Burgos empezaron su viaje, por ser Méndez—que se llamaba así la vieja—natural de aquella ciudad y tener una hermana en ella, en cuya compañía les pareció que estarían con más espaldas para cualquier caso que se ofreciese.

Al fin don Sancho se desengañó y, viéndose burlado, dió la vuelta á su casa, corrido y vergonzoso, y con tanto dolor que en todo el camino, hasta que llegó á los brazos de su mujer, no habló palabra. Recibiéronle en su casa con unas cartas de mucho dolor, en que le avisaban que un hermano suyo natural, prebendado en la Santa Iglesia de Burgos y de los más ricos ecle-

siásticos della, estaba con enfermedad grave en aquella ciudad y que, si no acudía presto, corría peligro la herencia. Y así, reposando aquella noche en Toledo, el siguiente día volvió á tomar postas y partió á Burgos.

Ya iba descontenta Elena del lado de Montúfar, á quien llevaba aborreciendo con el mismo extremo que le amó, por habelle conocido en el ánimo tan pocas fuerzas: mirábale con ojos de desprecio, como á hombre cobarde y de corto corazón: quisiera abrir una puerta, si la ocasión la diera las llaves, por donde huille el rostro para toda la vida.

Desta opinión fué siempre la venerable Méndez, porque la pesaba mucho de ver en casa quien la mandase á ella y gobernase á su ama, gozando con descanso el fruto que con tanto sudor y fatiga las dos adquirían; y entonces, como le pusieron el cabe cerca, tiróle hasta pasalle de la raya. Dijole á

Elena á cuántos daños estaba sujeta, representándole que era como los esclavos que andan en las minas, que después que con largo afán sacan el oro que la avarienta y escasa tierra guarda retirado, lo llevan á sus amos, que les pagan con dalles una miserable comida y tal vez, en lugar della, muchos palos y no pocas coces. Advirtiéndola que era tan breve dón la hermosura, que antes de muchos años había de mudar con ella el espejo de lenguaje, diciéndola, en vez de las lisonjas, muchos pesares, pintándola tan fea como entonces hermosa. Y prosiguiendo su discurso muy enojada—más á fuerza de la pasión que de la razón, aunque en esto la tenía—pronunció estas palabras:

—Sabed, señora, que en llegando una mujer á los treinta, cada año que pasa por ella la deja una arruga; los años no se entretienen en otra cosa sino en hacer á las personas mozas,

viejas, y á las viejas, mucho más: que este es su ejercicio y mayor pasatiempo. Pues si por haber vivido una mujer mal, adquiriendo con torpes medios hacienda, cuando llega á la vejez, aunque la goza descansada, es triste vida por ser afrentosa, ¿cuánto peor estado será el de aquella que tuviese juntas la afrenta y la pobreza? ¿A quién podrá volver, á pedir, la mano, en una necesidad? Si vos, por el servicio de Dios y por la vergüenza de las gentes, os retirárades con los bienes que tenéis para casaros con un hombre que, procurando enmendar vuestra vida pasada, corrigiera los borrones de las afrentas, no me pareciera mal; mucho gusto recibiera de que con este tal abrasárades vuestro caudal; pero con un pícaro —hombre de ruines entrañas y de bajo ánimo, cuyo corazón es tan vil que se ha contentado y satisfecho, para pasar su vida, deste bajo entretenimiento en que se ocupa, estafando mujeres,

comiendo de sus amenazas y viviendo de sus insolencias—, locura es, necesidad sin disculpa, gastar con él la hacienda y el tiempo.

Elena oyó el discurso con gusto, pagándose mucho de todas las razones, aunque no se le hicieron nuevas, porque su ingenio sutil estas y otras de más importancia había hallado para el caso. Pero entonces las abrazó de mejor voluntad, por ver que había otro voto más que el suyo y quien le daba no pretendía engañalla en el consejo.

Llegaron por sus jornadas á Guadarrama, un lugar del Duque del Infantado: aquí cayó enfermo de una gravísima calentura Montúfar, tan congojosa y acelerada que no le dejó sosegar en toda la noche; y así, resolvió á la mañana que, pues su salud era á lo que debía atender en primer lugar, que la jornada se suspendiese, trayéndole médico que le curase: y este decreto le pronunció con palabras de tanto im-

perio como si las dos fueran sus esclavas y él absoluto señor de sus vidas y haciendas. Pero ellas, que la noche antes habían determinado no perder la vez y dalle cantonada, se sentaron á los dos lados de su cama, Elena al derecho y Méndez al izquierdo, saludándole Elena con este discurso:

—Amigo, por tu vida, y así Dios te la dé el tiempo que Él fuere servido—, que este es negocio por que no pienso importunalle mucho: antes desde ahora te ofrezco en sus manos, porque gusto infinito de sacrificalle las cosas que más quiero—, que pienso, y por Dios que pienso muy bien, que desvarías con la calentura. ¿Es posible, pobrecillo de tí, por menos tonto te pagué yo cuando te metí en casa, que no has conocido que esta mujer anciana, esta honrada Méndez, que ya pasa en el mundo segura por la aprobación de sus canas, y yo, que también me pongo en el calendario, estamos muy can-

sadas de tus fieros con nosotras y de tus miedos con los hombres y mucho más con las varas de la Justicia? Consuélate, si esta vez mueres, con que es más noble cuchillo una calentura que un temor cobarde, y acabarás á manos de mejor verdugo de lo que yo había presumido de tu ánimo estrecho. Entre las cosas que debes agradecer á la Fortuna, es la principal, si bien lo miras, el haberte hecho tan bien quisto con nosotras que cuando vayas deste mundo no nos echarás en ninguna costa de lágrimas: antes para aquel día, en vez de los paños negros que significan dolor, pienso vestir brocado, celebrando el principio de mi dichosa libertad. Con todo eso, mira por tu salud, y no te engañe el diablo pensando que esto que te decimos es de veras y tú, de puro bueno y agradable, creyendo que nos haces gusto en ello, te dejes morir: que estas palabras, aunque se pronuncian, no se sienten. Y á fe que

te puedes consolar de que, ya que ha llegado la enfermedad á tus puertas, no te ha cogido en un lugar extraño, en un mesón y con poco dinero, sino en tu propia patria, en la casa de tus padres y cerca de tus deudos, donde se curan las enfermedades y se remedian las necesidades. Ven acá, amigo, ¿querías tú que yo me quedase aquí á curarte y servirte? ¡Bueno es esto para tu cortesía con las damas! ¡Y, como que te conozco yo, no dirás tal, aunque pienses, por este camino, restaurando tu salud, resucitar todo tu linaje!: y en verdad que es lo que más presto te concederemos. Aconséjote que no llares doctor si no quieres morir con más brevedad, porque el médico, en viéndote en esta calentura tan ardiente, te ha de hacer abstigente de vino; y con el mal, podrás vivir algunos días, aunque hayas de acabar á sus manos; pero privado de este suave licor, yo me atreveré á jurar que no

cumples las veinte y cuatro horas; cóncote, y sé que no te criaste con otra leche.

Aquí Méndez le puso la mano en la cabeza, y viendo que su ama acababa, dijo así:

—En verdad que arde, señor Montúfar, y que este accidente lo toma más de veras de lo que vuestra merced puede pensar: abrácese á este rosario y pase estas cuentas con devoción, y después envíe por un confesor con quien descanse limpiando su conciencia. Verdad es que la vida que vuestra merced ha pasado ha sido tan ejemplar que tendrá la cuenta breve y fácil el despacho; y si no, díganlo esto los escribanos del crimen que en Madrid quedan, que innumerables veces fueron sus coronistas, ocupando sus plumas en escribir sus gloriosas hazañas. Fuera de que vuestra merced tiene para en descuento de sus pecados aquel paseo que hizo por las calles más

principales de Sevilla, acompañado de tantos alguaciles á caballo como el señor Asistente. Verdad es que en esto hubo una diferencia: que él los lleva siempre delante y con vuestra merced fueron á la retaguardia. También ha visitado parte de la Tierra Santa, y de paso, pues por seis años fué á Galilea, donde padeció muchos trabajos, comiendo poco y caminando siempre; y estimósele esta virtud por entonces más que á otro, porque aun no tenía veinte y dos años cuando hizo tan santa romería. Pues cosa cierta es que ha de ver vuestra merced muy premiado en la otra vida el cuidado que siempre ha tenido de que las mujeres que ha tratado no sean vagabundas, poniéndolas á oficio y haciéndolas trabajadoras, que no solamente comían de labor de sus manos, sino de la de todo su cuerpo. Por lo menos, si vuestra merced muere esta vez en su cama, hará una graciosa burla al Corregidor de Mur-

cia, porque tiene jurado por vida del Rey y de la de su mujer y hijos que le ha de ver hacer piernas en la horca y estirarse de pescuezo; y cuando él esté más seguro, pensando que se le llevan á las manos para ejecutar su ira, le llegarán las nuevas de que no ha lugar, diciéndole que vuestra merced fué persona que tuvo habilidad de morirse por sí mismo, sin ayuda de tercero. Y porque ya es hora de que partamos, por si acaso no nos viéremos más, le doy este último abrazo, y adiós.

Esto dijo; y, poniéndose las dos en pie, dieron pasos largos.

Montúfar, que siempre las había tenido en opinión de mujeres entretenidas, porque su ordinario lenguaje, así el de la vieja como el de la moza, era todo el año burlas y donaires, creyó que hablaban de chacota con intento de divertille como en otros tiempos hacían, y persuadióse que el irse era para dar orden con mucho cuida-

do en prevenir todos los remedios á su enfermedad necesarios, porque así le había sucedido otras veces; pero ésta, diéronle con la mayor y, tomando las de Villa Diego, aprovecharónse de sus piés todo lo que pudieron.

Parecióle al enfermo que tardaban y llamando á su huésped supo della que aquellas señoras se habían ido y le dijeron que porque su merced quedaba durmiendo, en razón de haber tenido la noche pasada mala, á causa de cierta indisposición, que no le despertase hasta que él mismo de su voluntad lo hiciese.

Reconoció entonces por veras, y más pesadas de las que él quisiera, las palabras que él pensó que solamente se decían por conversación, y—usando de aquel insolente atrevimiento de que siempre suelen hombres de semejante vida—jurando y votando al santísimo nombre de Dios, amenazó hasta el camino por donde iban y el

sol que las alumbraba. Esforzóse por vestirse y seguillas, pero no pudo; la huésped le procuró quietar, disculpando á aquellas señoras en el mejor modo que su entendimiento la ofreció: bien mal, y con no pocos disparates, acrecentándole más el enojo. Él se determinó de no comer bocado, hasta otro día que, habiendo cumplido más de veinte y cuatro horas en ayunas, tomó unos tragos de caldo y un poco de ave. Valióle tanto la medicina deste buen regimiento, que se sintió bueno: y así, el día tercero empezó su camino en busca de sus camaradas, fiándose de que, aunque le llevaban dos jornadas de ventaja, las había de alcanzar por ser mujeres.

Y así fué: porque, diez leguas antes de llegar á Burgos, dió con sus cuerpos y las tocó á rebato. Ellas se previnieron luego de las mejores excusas que pudieron, y él, con rostro alegre, mostró no estar ofendido: antes pro-

curó con mucha industria asegurallas y, haciéndolas entender que llevaban errado el viaje, las apartó del camino real y guiándolas por un monte espeso — parte adonde él sabía que naide jamás llegaba—ya que estuvo en lo más escondido y retirado de aquella desconversable soledad, despojando una daga de la vaina, á quien siempre ellas miraban con mucha reverencia y devoción — tanta que hacían por ella cualquiera cosa que les pidiese, aunque tuviese muchas espinas de dificultad—las dijo que le entregasen todo el oro y joyas que llevaban, so pena de la vida. Pensaron á los principios negociar con lágrimas, y más Elena, que echándosele al cuello vertió muchas; pero no estaban bien en la cuenta, porque aquel hidalgo se hallaba muy recio de corazón y no era aquella ocasión para pedir mercedes: confirmó el auto, notificándolas que si dentro de un breve cuarto de hora no obedecían,

se ejecutaría. Ellas, que vieron el peligro dentro de casa y que no había otra puerta para echalle fuera, aunque con dolor de sus corazones, sacrificaron sus bolsas.

No acabó con esto de descargar toda la piedra, y venía la nube muy preñada, porque luego, sacando unos cordeles que prevenidos para el caso traía, las ató á dos árboles que estaban el uno enfrente del otro, á cada una en el suyo; donde les dijo que ya que ellas no tenían cuidado de satisfacer de en cuando en cuando por sus pecados con algunas disciplinas, las quería dar una como de su mano, porque tuviesen obligación de rogar á Dios por él. Ellas pasaron por la penitencia; y después que se hubo satisfecho, sentándose en el suelo en medio de los árboles adonde estaban atadas, volvió el rostro á Elena, á quien enderezó esta plática:

—Amiga, por tu vida, que esto que

te ha sucedido no lo recibas con pesadumbre, considerando que yo lo hice con muy buenas entrañas y de todo corazón. Consuélate con que ya me voy y te dejo: no quedas en un monte, atada á un árbol y huérfana de los dineros y joyas de que te podías valer, sino rica y abundante de toda buena fortuna, en tu patria, en la casa de tus padres y cercada de tus deudos, donde se curan las enfermedades y se remedian las necesidades. Por lo menos, hija, he de llevar conmigo un grave dolor que toda mi vida ha de andar á mi lado, acompañándome hasta la sepultura; y éste será el considerar que por mi culpa queda en este monte desierto una doncella tan virtuosa y honesta como tú, á peligro de que padezca fuerza su honra en las manos de algún caminante: y siendo hija de los padres que yo sé y tú me contaste, sería daño de tu pesada consideración; paréceme que si pasa por aquí alguno

que te conozca y sea práctico y estudioso en el libro de tus buenas costumbres, si te ve atada á ese tronco, ha de maldecir árbol que tan mal fruto lleva y aun cortalle de raíz porque no se multiplique más cada día; y á fe que si no fuese testimonio aquél, que con poca conciencia le han levantado los poetas á las aguas, diciendo dellas que murmuran y ríen, que las deste monte con mucha razón lo podrían hacer de tí, viendo tan humillada tu vanidad soberbia, tan arrastrada tu infame belleza, y tan bien castigada tu insolente vida. Por lo menos, si esta noche siguiente duermes atada como estás, me deberás una habilidad que lucirá mucho sobre las demás que tú tienes, que será dormir en pie, gracia que no la alcanzan todos. Pero quéde-se esto aquí, que parece que me culpa de ingrato la madre Méndez, pues en tan largo discurso no me [he] acordado siquiera una vez de volvelle el rostro.

Así dijo Montúfar, cuando, dando espaldas á Elena y cara [á] la desconsolada Méndez, acudió con estas razones:

—Madre honrada, aprovéchese en esta ocasión del entendimiento que Dios le dió, á quien se encomiende de todo corazón, porque, sobre la edad que tiene, el trabajo desta tarde temo mucho que la destierre deste mundo: y así, es mi parecer que envíe por un confesor con quien descanse limpiando su conciencia. Verdad es que la vida que vuestra merced ha pasado [ha sido] tan ejemplar que tendrá la cuenta breve y fácil el despacho. Oh, qué caridad; oh, qué honrada señora, pues en vez de murmurar de faltas ajenas, toda su vida ha gastado en cubrir flaquezas de mujeres mozas; y sin tener mayor manto que las otras — que esto es lo que á todos admira y yo alabo con tanta razón que no me pueden reprehender de apasionado—ha cubierto con él poco menos gente que la capa

espaciosa del cielo. Lo mucho que ha sabido, aun en razón de estudios y ciencias, pide mayores alabanzas que las que puede engendrar la humildad de mi corto ingenio: tanto, que sus palabras han tenido fuerza para que retrocudiesen espíritus del otro mundo y volviesen á éste. Y así, los señores Alcaldes de Corte, considerando con mucha prudencia que, si los hombres por sus letras llegan á Obispos, que no era justo que una mujer docta no gozase también el premio de tantas malas noches, la hicieron merced de dalla una mitra; y afirmanme que aquel día la acompañaron detrás más Cardenales que al Pontífice en Roma: porque un curioso que se halló presente—que por ser él comedido, sin mandárselo naide ni dalle salario por ello, se puso á hacer el oficio de contador—jura que llegaron á dozientos. No me puede negar una cosa, porque lo que voy á decir es doctrina llana y asentada: que cuan-

do muera y en aquella triste hora vea, como todos, la cara y mal gesto de los diablos, que no se les hará de nuevo á sus ojos mirar semejante cuadrilla, porque para ellos más ordinario es comunicar demonios del infierno que hombres de la tierra. Y perdóneme vuestra merced el atrevimiento de habella dado esta pequeña cantidad de azotes, porque yo me hice una cuenta, y no sé si me engañé en ella: que, pues los viejos se vuelven á la edad de los niños, y vuestra merced lo era tanto, no sería fuera de propósito castigalla como á criatura esta travesusa pasada. Y, con esto, vuestras mercedes se queden con Dios, porque me llego aquí cerca y volveré lo más presto que pudiere; y si tardare, no les dé cuidado, que yo le tendré de mi persona.

Cesó aquí su discurso Montúfar y, sin gastar más tiempo ni palabras, se fué, dejándolas más muertas del temor y espanto que del castigo.

QUÉDANSE ELENA Y MÉNDEZ EN AQUELLA SOLITARIA PRISIÓN, DONDE SE VEN EN MAYOR CONFUSIÓN QUE LA PASADA.

Estuvieron sin hablarse las dos, vencidas de igual pena y turbadas con una misma desdicha, largo tiempo, cuando un perro, que venía cudicioso de una liebre siguiéndola con veloces piés, pasó por entre los árboles donde las miserables estaban atadas, y tras él el caballero que la seguía: y suspendiéndose en la mayor fuerza de la carrera, se detuvo á mirar semejante maravilla: este era don Sancho que, por hallarse ya con tanta mejoría su hermano que se había venido á convalecer á una aldea donde tenía hacienda y recreación, que estaba ocho ó nueve leguas de Burgos, y una, ó poco más, de aquel monte, andaba por él buscando la caza y huyendo la memoria de Elena, que siempre le fatigaba, culpándose de

hombre de poca paciencia, pues no la tuvo para esperar unos días más en Madrid y buscalla siempre, pues á manos del tiempo y la diligencia mueren todos los imposibles. Turbóse de ver, en aquella soledad tan extraña, dos mujeres atadas, y mucho más cuando—sin bastar la diferencia del hábito que Elena traía, ni el cansancio del camino, para desalumbralle—reconoció el rostro amado. Pero, como él tenía hecho conceto de que Elena era mujer principal y casada en Madrid, dudó mucho que pudiese ser ella persona que gozase de aquella libertad, como era venir tantas leguas de su tierra, sola y en traje semejante: creyó que el mucho deseo le engañaba y que la perpetua ansia de la imaginación representaba aquellas fantasías. Buscaba palabras con que hablallas, pero ni el discurso se las ofrecía ni la voz tenía ánimo para dallas forma.

Púsose de pies sobre los estribos y,

después de haber corrido con los ojos todo el espacio de aquel largo sitio, viéndose tan solo, imaginó si era aquella ilusión del Demonio que, habiendo hurtado la forma de la forastera de quien tanto se dejaron obligar sus ojos, quería en aquel desierto burlalle; permitiéndolo así la justicia divina por no dejar sin castigo en esta vida su torpeza.

Ellas que también le reconocieron y pensaron que el Cielo había señalado aquel día para que pagasen en él todos los pecados que habían hecho en muchos, acrecentando miedo á miedo, no tuvieron ánimo para romper el silencio: antes, ocupadas de mayor tristeza, enmudecieron de nuevo. Él esperaba á que ellas hablasen para ver si las razones primeras le daban alguna luz con que desengañarse, y ellas estaban atentas, suspensas del mismo fin, como sucede tal vez á dos hombres valientes y diestros cuando desafiados riñen en

el campo, que afirmándose el uno con el otro á pie quedo, se están atentos largo tiempo, esperando cada uno á que el otro se descomponga para caminar luego á la ejecución de su herida.

Pero don Sancho, cansado ya de tanta turbación, ayudado más que ellas, para vencer el recelo, de la naturaleza varonil, quiso ser el primer interlocutor del diálogo; y al tiempo que iba á pronunciar: «¿Quién sois, mujeres?», con ardiente deseo de saber si era aquella por la que tanto su corazón le importunaba, oyó á sus espaldas ruido de espadas y, volviendo los ojos, vió que dos cazadores de los que en su compañía salieron se acuchillaban sobre cuál dellos había de tirar con una escopeta, que era la mejor de las que allí venían, y entre todas por tal escogida. Como los consideró en tanto peligro, por acudir á la mayor necesidad picó al caballo y partió á despartillos.

Era gente villana y reñían más con la envidia de los viles corazones que con las espadas; y así, aunque la presencia de su dueño y el honrado respecto que le debían les pudieran obligar á volver los aceros á su lugar dándose abrazos de segura y limpia amistad, no fué bastante para que tres veces no reincidiesen en la pendencia, cortándose más con las palabras ruines que se decían que con las heridas que se tiraban. ¡Oh, hazaña digna de pechos bajos! Verdad es que no era toda la culpa suya: tenían en la cabeza quien les hablaba al oído, haciéndoles caer en estas y otras mayores faltas: el hijo de la cuba, el nieto del sarmiento, les aconsejaba, y los pobrecillos, engañados de que cosa que les sabía tan bien no les podía aconsejar nada que les estuviese mal, daban cuchilladas por el aire y pagábanlo unos desdichados romeros—que era el sitio adonde les acometió la cólera, y empezó y perse-

veró siempre la pesadumbre—; hasta que ellos mismos, más por los merecimientos de su cansancio que por los ruegos del sufrido caballero — pues los esperó tanto tiempo sin medilles las espaldas á cintarazos—, se dieron por buenos y recogieron sus espadas, tan dignas del nombre de mártires cuanto no del de malhechoras, pues ellas se habían lastimado en las piedras y á ellos les dejaban libres de ofensa.

Volvió don Sancho, con esto, á los árboles, prisión de aquellas desconsoladas señoras, pero ya no las halló en ellos. Admiróse más desto que de lo primero; porque como él estuvo divertido en sosegar la ira de los vinosos cazadores, no vió la persona que las dió libertad. Corrió dos veces la campaña, y tan en vano la segunda como la primera. Iba entonces asegurado de que aquella mujer debía de ser su bien, pues era bastante señal el habella perdido. Dejando al caballo, se puso en

tierra y abrazándose al árbol donde á Elena vió atada, dijo:

«—¡Oh, tronco dichoso! ¡Oh, mil veces planta bienaventurada, pues mereciste que los hermosos brazos te ciñesen, de aquella á quien amo sin conocella y la conozco solamente para amalla!»

«Crece feliz, y crece tanto, que en vez de las aves, sirvan tus ramas á las estrellas de asiento.»

«Seguro estás del tronco á la copa, porque ni los rayos del cielo te herirán en ella, ni los gusanos de la tierra te roerán por él.»

«Tendrás siempre á las estrellas por padrinos, y á los campos por invidiosos.»

«Tu sombra será hospedaje de salud, porque los que en ella buscaren el descanso, si llegaren enfermos, volverán alegres y sanos.»

«Ya, de hoy más, excusarás á la primavera lozana el cuidado de vestirte,

porque no se atreverá el cano invierno á desnudarte.»

«Las aves y las aguas, enamoradas de tí, se emplearán en darte apacible música, las unas hiriendo los aires, y las otras las piedras.»

«Mas, ¿qué nuevo pensamiento me abrasa ¡ay de mí! que estoy de ti celoso porque mereciste la gloria de quien tan lejos me lloro?»

Suspenso destes tristes discursos se hallaba el miserable amante y desdichado cazador, pues cuando más seguro pensó que tenía el pájaro en la red, se le voló más libre: pero, viendo que se recogía su gente y que era fuerza volver en su compañía al aldea, subió en el caballo y, llevando del campo más deseos que flores, entró en su casa de su hermano, donde, más triste y menos divertido, se retiró, sin cenar, á su aposento, á casar la melancolía con el sueño, que es la tristeza mayor.

ELENA, MÉNDEZ Y MONTÚFAR, APARTÁNDOSE DEL CAMINO DE BURGOS, PASAN Á SEVILLA, DONDE CON ARTIFICIO TRAEN Á SU DEVOCIÓN TODO EL PUEBLO, HASTA QUE DESPUÉS DE ALGUNOS DÍAS DESCUBREN LAS MANCHAS DE SU MALA VIDA, PAGANDO CON ELLA MÉNDEZ LA CULPA DE TODOS.

Ya sé que me miráis todos á las manos para ver por qué puerta sale el que dió libertad á las bien castigadas matronas. ¿Quién duda que algún poeta de cartapacio—destos que piensan que porque trasladaron el soneto y romance de su vecino en papel que era suyo, escrito de su letra y con pluma que les costó sus dineros, que pueden canonizar el trabajo por propio, y lo hacen—se arma contra mí, reprehendiéndome la flojedad [de] mi ingenio con mucha aspereza, pues se durmió en cosa que tanto importa?

Sosiegate, pedante, y no te levantes

tan presto de la silla; que ya soy con tu pensamiento y no te dejaré en este particular sin llenarte los vacíos. Bien sabrás que hasta agora á ningún refrán castellano se le ha cogido en mentira: todos son boca de verdades: más vale la autoridad de uno destes, mayor doctrina encierra, que seis sabios de los desta edad. Pues entre ellos anda uno vulgarísimo que dice: «Quien bien ata, bien desata». ¡Y cómo que dijo bien! ¿Quieres vello?, pues oye, y no te escandalices.

Montúfar que, á pocos pasos que había dado apartándose de los árboles, sintió quejarsele el alma por la soledad que padecía sin ver los ojos de Elena, y reconociendo juntamente que aquel dinero y joyas de que la había despojado era fuerza se le acabase dentro de algún tiempo y que el verdadero caudal estaba en la belleza de su rostro, pareciéndole que ya ella y su consejera estaban tan bien castigadas que

de allí adelante no se atreverían á per-
delle el respeto, volvió, y con aquellas
manos rigurosas que antes las habían
atado rompió los cordeles y las puso
en la deseada libertad, en tanto que don
Sancho persuadía con la paz á los que
tan largo tiempo estuvieron en recibi-
lla de su mano.

Hiciéronse amigos los tres y juraron
olvidar las injurias: diéronse abrazos
estrechos para más seguridad, y de-
cretaron no pasar á Burgos, recelosos
de encontrar en aquella ciudad al ca-
ballero toledano: con este pensamien-
to se conformaron, eligiendo á Sevilla
por verdadero centro y último reposo
de su jornada.

Para este intento hallaron toda la
comodidad necesaria, porque luego
como entraron en el camino real, á
menos de media legua, encontraron
unas mulas de retorno que iban á Ma-
drid, y como el mismo mozo que las
llevaba acertase á ser el dueño dellas

—y pudiese, sin pender de voluntad ajena ni volver á la Corte; concertallas para donde gustase—, negociaron con él todo lo que quisieron. Valióles esta dichosa ocasión, que les vino á las manos, el poder efeturar su deseo; porque Elena y la venerable Méndez, como mujeres criadas en el ocio de los deleites y puestas en las malas costumbres de la Corte—adonde, para dar un paso desde la casa á la Iglesia, ó venía la silla ó rodaba el coche—iban rendidas de cansancio y caminaban más en las fuerzas del espíritu que en las del cuerpo.

Todo el discurso de la jornada no desveló otro cuidado á Montúfar sino el regalo de las dos, procurando con esta nueva tinta, de diferente color, borrar lo que con la otra había impreso en sus ánimos; repartiéndoles entonces tanta cantidad del pan, como antes había hecho del palo. Sacudiales con una mano y halagábales con la

otra, para ver á qué són bailaban mejor. No barajaba mal las cartas para que la suerte viniese en su deseo: pero entendíanle las señoras la flor y, *aunque callaban, piedras cogian*, esperando su ocasión. Pero después se apretaron las amistades en tan estrechos términos que se mudó el viento y, cesando el agua, rompió el sol más alegre que nunca, amándose los tres con firmeza y verdad, que no fué pequeño milagro saber tener este trato gente ruin. Lo cierto es que más que virtud propia, fué razón de estado: porque llegaron á conocer que no podían conservarse de otra suerte y temieron la ruina de su humilde imperio, considerando que la disensión había sido el cuchillo de grandes Monarquías.

En todo el camino no les sucedió cosa que sea digna de repetirse, porque como iban huyendo, temerosos siempre de que el castigo les venía á

los alcances, no trataron por entonces de acrecentar culpas, sino de darse prisa hasta llegar á tierra más segura, donde, empezando libro nuevo, se diesen á conocer por diferente estilo.

Apeáronse una legua antes de entrar en la ciudad, dando allí entera satisfacción al dueño de las mulas y, esperando á que fuese de noche para hacello, se recogieron en un mesón.

El día siguiente alquiló Montúfar una casilla pobre y aderezándola honestamente—porque así convenía para poner en ejecución el modo de vida que entre los tres venía concertado—se pasaron á ella, donde, vistiéndose él de buriel pardo, ferreruelo largo y sotana que llegaba hasta la media pierna, y poniéndose calzas groseras de lo mismo y zapato de baquetón, con una campanilla en las manos salió por las calles diciendo en altas voces, una y muchas veces: «Loado sea el Santísimo Sacramento», instituyendo en los

muchachos de la ciudad esta buena costumbre, enseñándoles de camino la Doctrina Cristiana.

Hacía esto el galeote con tanta arte, acompañando así el rostro como todas sus acciones de cuidadosa modestia, que en pocos días se alzó con las voluntades de la ciudad y valió en todas gentes, así en la ilustre como en la plebeya aprobación. Pedía limosna para los pobres de las cárceles, á quien llevaba de comer todos los días sobre sus hombros, cargándose unos espor-tones llenos de todo bastimento. ¡Oh, ladrón, ladrón: no te faltaba más que dar en hipócrita, para poderte coronar justamente por Príncipe y Capitán de los viciosos!

Acreditábanle cada día más estos ejercicios, verdaderamente de virtud —aunque no usados con ella—, tanto, que ya se le seguía mucha parte del pueblo con admiración y reverencia.

Corrían Elena y Méndez en hombros de la misma fama: porque entrambas vestidas en hábito de beatas, y dándose el nombre la una de hermana y la otra de madre del bienaventurado [Montúfar], se ocupaban en visitar los hospitales, para cuyas camas hacían labor: ya sábanas, ya almohadas, y tal vez camisas, y en mucha cantidad: todo por su cuenta y á costa, por entonces, de sus bienes.

Acertó, por su desdicha, á llegar un hombre honrado de la Corte, á cierta comisión, despachado por el Consejo de Hacienda; y como los viese salir á los tres de la Iglesia Mayor cercados de innumerable pueblo que les besaba los vestidos y les importunaba con mucho afecto que se acordasen dél en sus oraciones, reconociendo bien la gentecilla —porque él había tenido familiar trato con Elena y sabía la calidad del alma de los tres, y que no daría el diablo la acción que tenía á ellas por ningún di-

nero—ardiendo en cristiano coraje y pesaroso de que se usurpasen aquellos la gloria que se debe á los que viven sin pasar los límites de los diez preceptos de la Ley Divina, rompiendo por el vulgo, les dijo, dando una puñada á Montúfar:

— ¡Gente invencionera, ¿por qué miráis tan mal por la honra de Dios?

No quedó sin venganza esta precipitada resolución, porque—aunque fué justo castigo—los que cercaban á Montúfar le llamaron agravio; pues dando todos sobre él, le rompieron el cuello, y las muelas á bojicones y, echándose en tierra, estuvo á peligro de restituir su alma á Dios. Parecióle á Montúfar que en ningún tiempo convenía mostrar mayor esfuerzo, y que si daba espaldas en aquella ocasión, sería conceder mucha flaqueza, desacreditando infinito su opinión, y así, pensó una cosa que luego ejecutó, que le dió mayor crédito con el pueblo y reconcilió el

ánimo de su enemigo. Apartó la gente diciendo:

— ¡Lugar, por caridad! ¡Déjenme llegar, por amor de Nuestro Señor! ¡Sosiéguese, por la Limpieza de la Virgen!

Como todos le respetaban y su voz tuviese fuerza en las almas tan particular que obedecían su consejo, corriendo el enojo abrieron plaza por donde pasase adonde estaba aquel desdichado. Como le vió de aquella suerte, aunque su corazón se gozó allá dentro, sabroso con satisfacción tan cumplida, el rostro mostró estar de diferente parecer; pues después de haber reprehendido la libertad del pueblo con palabras ásperas y dicho: «Yo soy el malo, yo el pecador, yo el que jamás hizo obra de que se pagasen los ojos de Dios; ¿pensáis, aunque me veis así, que no he sido toda mi vida un ladrón vil, con mal ejemplo de la república y grave daño de mi alma?»

pues estáis engañados; contra mí vienen bien las saetas, desnudad para mí las espadas y tiradme á mí las piedras», se arrojó á los pies de su contrario y, besándoselos, no solamente le pidió perdón, sino que luego como no pareciesen—porque todo se había perdido entre la confusión — su espada, sombrero, cuello y ferreruelo, le llevó mano á mano por las calles de la ciudad y comprándole todo lo que le faltaba le despachó con rostro risueño, dándole muchos abrazos y bendiciones. El hombre fué como encantado y tan corrido que, sin dar fin al negocio, aunque le traía en buen estado, hizo ausencia de la ciudad, pensando que el demonio sin duda era el autor de semejante treta, y arrepentido mucho, porque le pareció imposible que en el ánimo de Montúfar hubiese desembarazo para tanta humildad y que, siendo esto así, él se había engañado y caído en el error y culpa de los ojos,

sujetos como los otros sentidos á mentir y no dar todas veces con la verdad.

Como este acto de humildad se representó á vista de tanta gente, alzó la plebe la voz, entonaron los muchachos el grito: «¡Santo, santo!» Empezó luego á gozar de una vida poltrona, porque, á porfía y haciéndolo pendencia, le llevaban á comer cada día á sus casas el Veinticuatro, el Caballero, el Señor de título, el Asistente, el Canónigo. Fingía también tener grande sencillez de corazón; si le preguntaban su nombre, respondía: «El jumentillo, la bestezuela, el muladar, el lobo hediondo, el inútil.» Con esta buena fe visitaba todas las mujeres principales, revolcándose el jumentillo más en los establos.

Dábanle limosnas liberalísimas, recogiendo Elena y Méndez por su parte otras muchas, de no menor cantidad, porque era en la virtud igual la opinión. Enviábalas cada día una

señora viuda, rica y muy caritativa, —porque ésta gustó de acudir á su ordinaria necesidad—dos platos regalados para comer y otros tantos para cenar, aderezados con mayor limpieza y regalo que si fueran para su persona. La casa no cabía de presentes ni de visitas de señoras. La casada honesta que deseaba hacerse preñada y gozar fruto de bendición, acudía á vellos, y por su mano—pensando que así iban seguras—daba sus peticiones para el tribunal de Dios, haciendo lo propio la que tenía el hijo en las Indias, para que volviese con salud y riqueza á sus ojos. También la desconsolada por el hermano preso, y la perseguida viuda que, por su desdicha, pleiteaba con juez ignorante, escribano mal intencionado y enemigo poderoso, entraban por sus puertas y se engañaban creyendo que en sus labios estaba su salud. Esta enviaba las conservas, la otra la ropa blanca, aquella la limosna

gruesa: naide venía á su capilla sin dejar ofrenda. Y ellas, muy falsas y más llenas de ceremonias que colegiales, daban respuestas breves y por la mayor parte dudosas, como verdaderas discípulas de la dotrina del Demonio.

Tenían, para cumplir con los que venían á casa, unas camas humildes y penitentes. Pero, como se hallaban siempre—con ocasión de que era, ya para dar una cama á la pobre y necesitada viuda, ya á la doncella huérfana que se casaba,—con provisión bastante en casa de rimas de colchones, buenas sábanas y mejores almohadas, en cerrándose la puerta de la calle—que en invierno á las cinco y en verano á las siete lo estaba con más puntualidad que la de un convento de recoletos—mudaba la casa pelo: los asadores hacían su oficio, cuál tomaba por su cuenta el conejo, cuál la perdiz, cuál el capón; cubríanse las tablas,

luego, de manteles limpios y olorosos, donde los tres cenaban con buen ánimo y bebían valerosamente; y, porque no se quejasen aquellos colchones de que, siendo buenos, los tenían siempre arrimados como si fueran muy malos, aprovechábanse dellos con nobleza, y hacían unas camas tales que su blandura y suavidad era la verdadera salsa del sueño. ¡Durmiera en ellas un celoso, con ser este el cuidado que más inquieta el espíritu! Y aunque, gracias á Dios, había suficiente ropa en casa, que se pudiera con ella hacer muchas camas, como esta gente era virtuosa y enemiga de prodigalidades, se contentaban con dos solas, porque Elena y Montúfar, siempre á las horas del acostar hacían compañía, en el seguro de la hermandad en cuya opinión vivían ellos. Se pagaban de tanta estrechez y eran tan buenos, que se hallaban mejor así que pasando la noche á sus anchuras. Elenica fué siem-

pre, de su condición, medrosa, y no reposara bien en una cama solitaria. Tenían dos criados, macho y hembra, aprendices del arte, y tanto, que también en el modo de dormir imitaban á sus señores.

Así hacían penitencia hasta la mañana: esta era su oración mental, su disciplina y áspero silicio.

No se daban á manos á engordar y decían los que simplemente los miraban, con devoción: «¡Bendito seais vos, Señor, y cómo premiáis á quien os sirve: pues viviendo éstos una vida tan llena de asperezas, están más gordos que los que gozamos los regalos y pasatiempos del mundo!» Calla, necio, —y perdona que te lo digo en tus barbas—, que no es milagro. ¡Por tu vida, que no has acertado con la cuerda: poco se te entiende deste instrumento! Pregúntale al tiempo en qué consiste este misterio: que, á breves vueltas, á cortos rodeos, te pondrá la verdad de-

lante y tan fácil que la podrás tratar con las manos y admirarte mucho más entonces de su maldad que agora de su virtud.

En menos de tres años, enriquecieron; porque demás de los regalos y dádivas grandes que les hacían los poderosos ciudadanos de Sevilla—que cada uno dellos tiene (esto es lo más general) un mar en el ánimo, que siempre está de creciente y jamás de menguante—, sisaban de la bolsa de Dios con poca vergüenza. Hurtaban la tercera parte del dinero que les daban para limosnas, que era infinita suma, y guardábanlo todo en oro. No amparaban en sus cofres ni permitían que en ellos tuviese afrenta moneda que fuese de otro metal, desdeñándose mucho de comunicar aquellos reales de á ocho segovianos y mirándolos con desprecio.

Publicaban sus apasionados que por ellos y sus oraciones hacía á aquella ciudad infinitos favores Nuestro Señor

y perdonaba las culpas de tan graves pecadores como ellos vivían. En naciendo la criatura en casa de gente ilustre, para que se lograra y creciera en el servicio de Dios, les hacían á ellos los padrinos del bautismo. Sin su bendición y parecer, no se efectuaba ninguna boda. La visita de mayor consuelo y regalo para los enfermos, era la suya, porque creían que su voz bastaba á dar salud.

Enojóse el Cielo y, no pudiendo sufrir que tanta maldad durase permanente, corrió la cortina de la hipocresía de golpe y viéronse desnudos sus vicios; y fué así:

Montúfar, que era colérico, solía poner las manos, más veces de las que eran menester, en su criado; y aunque él le había pedido que mudase de paso, porque aquél era muy alto—y tanto, que con él no caminaría muchas leguas en su compañía—, no quiso, ó por mejor decir, no pudo, vencer su condi-

ción; y así un día, sobre pequeño interés, le hizo una sangría en las muelas: dióle algunos bojicones con determinación. El mozo cogió la puerta y, tropezando en su misma cólera más que en las piedras, fuése á dar parte á la Justicia, no del mal tratamiento—aunque llevaba los testigos en sus encías ensangrentadas—, sino de la cautelosa vida de sus amos.

Estaba Elena en casa y habíase hallado presente á la pesadumbre y, como tenía espíritu diabólico, recelándose de algún grave mal, aconsejó á Montúfar que recogiendo el dinero—pues por estar todo en oro, se podía hacer con facilidad—, se retirase con ella á casa de una amiga suya de confianza y con quien ella había siempre comunicado sus más escondidos intentos. Agradóle el parecer y ejecutáronle con diligencia. Desampararon la humilde casilla, donde, sola, quedó la criada sin saber á qué parte hacían su viaje. No pudo

ir con ellos Méndez, porque no estaba en casa; ni fué avisada, porque no se hallaron con persona á quien encomendárselo.

Dentro de pocas horas, entró la Justicia y, tomándola juramento á la criada, que conformó con lo que el otro testigo había declarado, preguntaron por los hermanos benditos y gloriosa madre de ellos. No les supo dar razón, aunque más fué importunada, porque no tuvo parte en su fuga. Embargaron los bienes que había, que de ropa blanca era mucha la cantidad y la despena no estaba tan mal proveída que por lo menos no hallasen con qué regalarse para más de cuatro pares de días el alguacil y hermano compañero, en cuya pluma está la salvación ó condenación de las haciendas, honra y vida de los hombres. Ya ellos se iban, cuando, muy lejos de este suceso, bien distante desta imaginación, entraba por casa Méndez: dieron sobre su persona

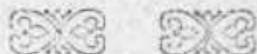
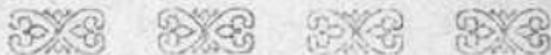
los corchetes y, cargándose de aquel cuerpo como de cosa propia, le vaciaron en la cárcel, donde se encomendó que se tuviese el cuidado que con persona de tantas prendas convenía. A los criados se les hizo treta, porque, habiéndola ido á acompañar hasta la prisión, les dejaron dentro por haber sido encubridores y partícipes del delito hasta la hora presente.

Fuéle tomada su confesión y, aunque era vieja y tenía la voz desentonada, cantó aún mucho más de lo que estaba procesado; y así, dentro de dos días, le dió libranza el Juez sobre el verdugo de cuatrocientos azotes de muerte, que se los pagó á letra vista.

Siguiéronla detrás sus criados, por ser aquel el lugar que llevan los que sirven cuando van con sus señores, y diéronles á dozientos; porque no convenía á la reputación de su señora que, á los ojos de aquella ciudad donde era tan conocida, los igualasen con ella.

No vivió Méndez más de cuatro días después de aquel trabajoso paseo, porque los azotes fueron crueles y los años eran muchos.

Con esto, salieron de la cárcel, en un mismo día, ella para la sepultura, y sus criados, que estaban condenados á destierro del Reyno, á cumplille.



ELENA Y MONTÚFAR HUYEN Á MADRID, ADONDE SE CASAN Y VIVEN CON INFAME LIBERTAD, HASTA QUE ACABAN SUS DÍAS MISERABLEMENTE.

Más pudo la prevención de Elena que la mucha diligencia de la Justicia. Buscábanla dentro y fuera de la ciudad, no había parte adonde no la cercasen con asechanzas, y ella, como cuerda, estaba á la mira, encerrada en una casa de confianza y seguridad, hasta que pasasen los rayos. Corrióse el vulgo de haber sido engañado y, volviendo el devoto respeto en insolente venganza, si mucho habían cantado en sus loores, más dijeron afeando sus vicios. Los muchachos—que en todos los casos públicos tienen parte, y no la menor—, les hicieron coplas en aquel modo que ellos saben, donde, por lo menos, dicen lo que quieren y muchas veces con tan buena gracia que los hombres cuerdos y de cuyo parecer

se hace siempre caso, no se admiran poco.

Pero la variedad de los sucesos, que trayendo unos olvida otros, dió de mano á esta novedad, y tanto, que se puso silencio en ella como si nunca hubiera sucedido. Entonces salió Elena y su compañero Montúfar y, arrebatando el camino de Madrid, vinieron públicamente, quietos sus ánimos y bien seguros de que naide les iba á los alcances.

Entraron en la Corte ricos y casados, y la cara de Elena con tanto derecho á parecer hermosa, que quien la daba otro nombre, no la hacía justicia. Los primeros días se trató de recogimiento, hasta que se aseguraron de que don Sancho de Villafañe estaba en Toledo, tan despicado de los amores como del hurto; y así, poco á poco, fueron sacando el cuerpo del agua y empezaron á reconocer la tierra.

Obligóse Montúfar, cuando se dió

por esposo de Elena, á llevar con mucha paciencia y cordura—como marido de seso y, al fin, hombre de tanto asiento en la cabeza—, que ella recibiese visitas; pero con un ítem: que habían de redundar todas en gloria y alabanza de los cofres, trayendo utilidad y provecho á la bolsa, y que, siendo esto así, no pudiese afilar sus manos en la cólera para [ponerlas] en ella.

Movíanle, para que hiciese esto, grandes razones al honrado varón, y la mayor y más fuerte era el ver que se usaba mucho y parecía bien, y que él, en materia tan grave, no había de introducir costumbres nuevas: pues en las cosas más pequeñas, como hasta en ponerse unos puños algo mayores de los que comúnmente se traen, es mal admitida la novedad y se alborota un vulgo que en todas partes es bárbaro.

Tomó el hábito en la religión de los maridos cartujos, y profesó, como los

demás, el voto de callar siempre, seguro de que no se le dilataría hasta la otra vida la corona de lo que padeciese en este martirio, porque luego le saldría á la frente, y al paso que fuese padeciendo, vería coronarse.

Ella dió parte de su venida á las amigas importantes, á las mujeres de negocios, que saben con habilidad acomodar gustos ajenos mejor que si fueran propios. Estas vinieron, y [sacáronla], ya un día á la Comedia, ya otro al Prado, y ya á la calle Mayor al estribo de un coche, donde mirando á unos y riéndose con otros, no despidiendo á los que se llegaban á conversación, empezó su labor y volvió con más danzantes á casa que día de Corpus Christi.

El señor, el amado esposo, no faltaba á lo capitulado: antes con su mucha modestia animaba á los amantes cobardes á que se atreviesen, y los traía de la mano hasta dejallos senta-

dos con su mujer en el mismo estrado. Procuraba arrimarse siempre al lado de hombres de sustancia, más en la bolsa que en el ingenio, y á éstos—aunque trujese la ocasión arrastrándola por muchos rodeos—alababa á su mujer con peregrinos hipérboles, tanto, que por su relación quedaban enamorados. Y por no hacellos penar mucho, como él era tan negro de bueno, sin dalles lugar á que le cansasen con ruegos importunos, les ponía la caza á los ojos para que el que la quisiese la matase; asegurándoles de que no entraban en lo vedado, porque él tenía aquella recreación para todos sus señores y amigos

Después de haber comido á medio día, pocas veces volvía á su casa; pero—por si acaso alguna vez lo hiciese desadvertido y hubiese ocupación de respeto, por donde le estuviese bien aun no tocar con los piés el zaguán—se ponía siempre una seña en la ven-

tana: alzaba los ojos desde la esquina de su calle, no con pequeña pesadumbre, y miraba lo que el índice señalaba; y si no había lugar de entrar, alegrábase infinito considerando que aquello era todo acrecentar hacienda, y volviendo las espaldas íbase un rato á alguna casa de juego, donde todos le hacían lugar: unos de cortesía, en honor y reverencia de su esposa, á cuyo blanco tiraban los más, y otros de miedo de las armas que traía en la cabeza, recelándose justamente de algún peligro; porque el daño que les podía hacer aquel hombre no estaba en su mano, sino en su frente.

Muchos picaron en la sartén: pero ninguno más bien que un hidalgo granadino, hombre de tanta calidad que estaban los papeles de su nobleza, ya que no en los archivos de Simancas, en los de la Inquisición de Córdoba.

Este, pues, que descendía de ciudadanos de Jerusalem y tenía su solar en

las montañas de Judea, sacó, por servicio suyo, de las cárceles obscuras donde había largo tiempo que vivía aprisionado, su dinero: vieron la luz del cielo sus doblones y supieron en qué parte de Madrid estaba la Platería y Puerta de Guadalajara, quedándose mucha cantidad dellos en ella. Este mezquino ensanchó el ánimo y arrojó por la tierra la gruesa hacienda que había adquirido desde los humildes principios de tendero de aceite y vinagre, papel y abujetas de perro; y el que fué escaso con su persona y se negó aun aquello por que forzosamente ejecuta la Naturaleza para la comida y el vestido, entonces liberal ocupó sus cofres de ricas galas; los escritorios, de costosas joyas; las paredes, en invierno, de paños herejes flamencos, y en verano, de telas católicas milanesas; dióle tantas camas como colgaduras y tantos estrados como camas; la holandesa, se la metía á piezas; el lienzo, á

cargas. Tenía—solamente para regala-lla—, en todas las partes, correspondientes: de Portugal le enviaban olores atractivos, costosos dulces y barros golosos; de Venecia, generosos vidros; de Galicia, pescados; de la Montaña, perniles; de Sevilla, aceitunas; de Aragón, frutas; de Barcelona, estuches. En haciéndose en la Plaza cualquier fiesta, le alquilaba la mejor ventana. Sustentaba un coche por su servicio, que todos los días, por las mañanas á las siete, y por las tardes á las dos, se le clavaban á su puerta por si quería salir de casa. En todas las comedias nuevas tenía asiento. No había bello jardín ó casa de recreación en la Corte que para ella tuviese llave: todos le concedían franco paso, porque la diligencia del pobre amante se ocupaba sólo en solicialle su gusto.

Agradábase Montúfar mucho del trato deste caballero cuyos pasados trujeron la cruz del Santo Pescador;

echábale muchas bendiciones cada día, porque cuando estaba á la mesa y comía alguna cosa de particular regalo, decía: «¡Bien haya quien tal envió!»; cuando se sentaba en la silla, decía: «¡Bien haya quien tal me dió!»; cuando miraba á la colgadura: «¡Bien haya quien tanto bien me hizo!» Al fin: no había trasto en casa que no le diese ocasión para cubrille de bendiciones.

Reíasele la Fortuna y mirábale apacible al honrado paciente, hasta que un día se volvió el viento; y el mar, que estaba [como] leche, bramó con espantosa borrasca.

Vió que Elena admitía la conversación de un mozuelo inútil, destes que toman siempre á la una de la noche pesadumbre con las esquinas y juran después, á la mañana, que las mellas que hicieron á su espada procedieron de dar muchas cuchilladas en los broqueles de su contrario.

Advirtióla, una y muchas veces, que

no lo hiciese; pero, como ella perseverase—y tanto, que de celoso y corrido volvió las espaldas á más no poder el Caballero del Aspa—, sacándola un día por engaño al campo Montúfar, tomó satisfacción imitando el castigo que hizo en ella y en la ya difunta Méndez, camino de Burgos.

Cegóse Elena de cólera, y suspirando por la venganza puso luego las manos en la masa. Cenaban una noche juntos, después de haber pasado algunos días, al parecer, ya muy amigos; pero el ánimo de Elena estaba armado, y tan deseoso de sangre como se vió por el suceso: pidió él, como otras veces solía, algún dulce para postre de la cena, y levantóse ella de la mesa muy solícita, dando á entender que el cuidado de regalalle la inquietaba, y trujo un vidrio de guindas, aderezadas con tanto olor que, en poniéndole sobre los manteles, le animó más el deseo. Abrióle y con buen ánimo se entró por el

dulce adelante, hasta velle el fin; pero apenas le tuvo la conserva, cuando él se halló embarazado de unas bascas mortales: encendiósele el rostro; arrojó por el suelo la silla donde estaba sentado; desabrochóse los botones, así los del jubón como los de la ropilla.

En medio de esta turbación conoció su daño y, corriendo adonde estaba su espada para vengarse de quien le había dado á beber la muerte, acometió á Elena que, temerosa, dando gritos se entró al aposento donde tenía la cama, pidiendo favor. Detrás de las cortinas, al lado de la cabecera, estaba escondido su amigo, ocasión destes daños, que por mal nombre le llamaban en Madrid Perico el Zurdo: parecióle que aquella ocasión era forzosa, y saliéndole al paso á Montúfar, que entraba ignorante de semejante encuentro, le dió una estocada que le pasó el corazón.

Al ruido que hizo y gritos que dió Elena cuando huía, entró un alguacil

que pasaba entonces de ronda, acompañado de mucha gente; y viendo el suceso miserable, dió con ellos en la cárcel de Corte. Vino luego uno de los Alcaldes y confesaron sin resistencia, porque la probanza estaba clara.

Era el Perico hijo de vecino de Madrid y tenía dos honrados entretenimientos, uno en el Rastro y otro en el Mata-dero, en que sucedió á su padre y abuelo, que le dejaron, con este oficio, tan rico como mal dotrinado. Defendíase para no morir, diciendo que el oficio de sus pasados, y el suyo, era matar carneros; y que, por muchos que habían acabado hasta entonces en sus manos, en vez de castigo se le había dado paga; y que no sabía por qué razón, siendo el difunto mayor carnero que los demás y conocido de todo el mundo por animal deste género, se había de hacer esta particular demonstración poniéndole á él en prisiones y condenándole á muerte.

Amargóle la gracia; porque, dentro de dos días, le hicieron joyel de la horca, colgándole della, con satisfacción de toda la Corte.

No le acompañó Elena, porque á la tarde la sacaron — causando en los pechos más duros lástima y sentimiento doloroso—al río Manzanares, donde dándola un garrote, conforme á la ley, la encubaron.

Hizo testamento, y mandó restituir á don Rodrigo de Villafañe el hurto, como quien podía, por tener tan gruesa hacienda. Era ya muerto el viejo y heredó don Sancho, que admirado de tantos engaños como le habían pasado con Elena y, mucho más, de su miserable fin, propuso de allí adelante vivir honesto casado. Antonio de Valladolid, que ya era hombre y servía á don Sancho de camarero—que fué el paje que ella dejó encerrado—, tomó el hábito de una religión: que, las más veces, de el mal fin de un malo se si-

que la enmienda de infinitos vicios. Florecía entonces en Toledo, entre tantos espíritus gentiles, un poeta, ilustre en escribir epitafios; el cual, siendo bien informado de la vida de Elena, trabajó éste para su sepultura, con que mi pluma dará el último paso y se cerrarán las puertas desta historia:

Helena soy y, aunque de Grecia el fuego
No hizo por mi ocasión á Troya ultraje,
Parece que era griega en el lenguaje
Porque yo para todos hablé en griego.

Huésped siempre metí; siempre hice juego
De la Verdad; neguéla el vasallaje:
Virtud es vinculada en mi linaje
Que hasta en esto da muestras de gallego.

Dos padres virtuosos me engendraron
—Gente de poco gasto en la conciencia—:
Padre gallego y africana madre,

Después de muerta al agua me arrojaron
Para que se vengase en mi inocencia
El mayor enemigo de mi padre

FIN

EN MILAN,
Por Juan Baptista Bidelo. 1616.
Con licencia de superiores.

NO HAY NINGUNA ERRATA EN ESTA REIMPRESIÓN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Anteportada.....	1
Ex-libris.....	2
Portada.....	3
Dedicatoria.....	5
Advertencia.....	7
Introducción: Don Joaquín López Barbadillo cuenta la historia del gran clásico don Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, de quien se dice nieto.....	9
Facsímil de la portada antigua.....	23
Imprimatur, etcœtera.....	24
Llega la Hija de Pierres y Celestina á Toledo, en una noche de regocijo, y en mientras ve la fiesta arma conversación con un mozuelo de poca malicia, que la da ocasión de ejercitar la suya.....	29
Hace un sutil engaño la Hija de Pierres y Celestina y, volviendo las espaldas al peligro, huye de Toledo..	50
La Hija de Celestina y demás compañeros prosiguen su camino y ella cuenta á Montúfar su vida y nacimiento.....	65

Vése la Hija de Pierres y Celestina en peligro de pagar con la vida el hurto, y líbrase por su hermosura.....	82
Don Sancho se vuelve á Toledo, y de allí pasa á Burgos, cansado de buscar en Madrid á Elena, y ella y Montúfar huyen de la Corte en hábito de peregrinos. Elena hace una burla á Montúfar, de que él toma satisfacción.....	97
Quédanse Elena y Méndez en aquella solitaria prisión, donde se ven en mayor confusión que la pasada....	119
Elena, Méndez y Montúfar, apartándose del camino de Burgos, pasan á Sevilla, donde con artificio traen á su devoción todo el pueblo, hasta que después de algunos días descubren las manchas de su mala vida, pagando con ella Méndez la culpa de todos.....	127
Elena y Montúfar huyen á Madrid, adonde se casan y viven con infame libertad, hasta que acaban sus días miserablemente.....	149
Índice.....	164
Colofón.....	166

Acabóse
la impresión de este libro,
en Madrid, en el establecimiento tipográfico
de Ambrosio Pérez y Compañía,
á nueve días del mes de Mayo
de mil novecientos siete
años.

COLECCION CLASICA

DE

OBRAS PICARESCAS

No queremos hacer el prospecto de ritual en toda empresa de indole semejante, al anunciar la COLECCIÓN CLÁSICA DE OBRAS PICARESCAS.

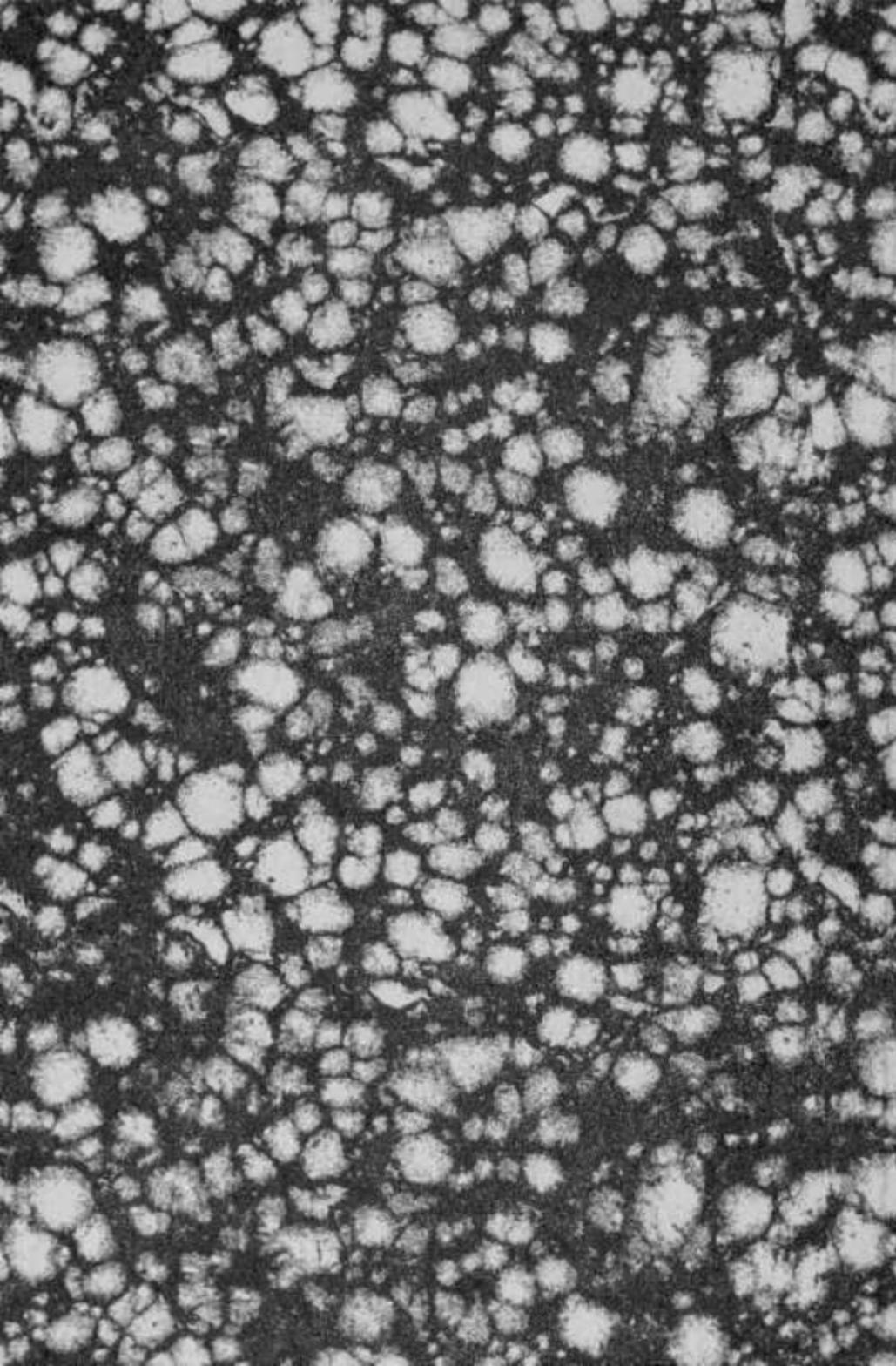
El sólo título de esta COLECCIÓN hace innecesaria toda exégesis, é indica todo cuanto nosotros pudiéramos decir sobre los libros admirables y rarísimos que daremos á la estampa, rebuscados en viejas ediciones *no reimpresas* y debidos á las más famosas plumas de todos los países, sin atender á una ridícula razón de patriotismo exclusivista, que en Arte constituye una monstruosidad.

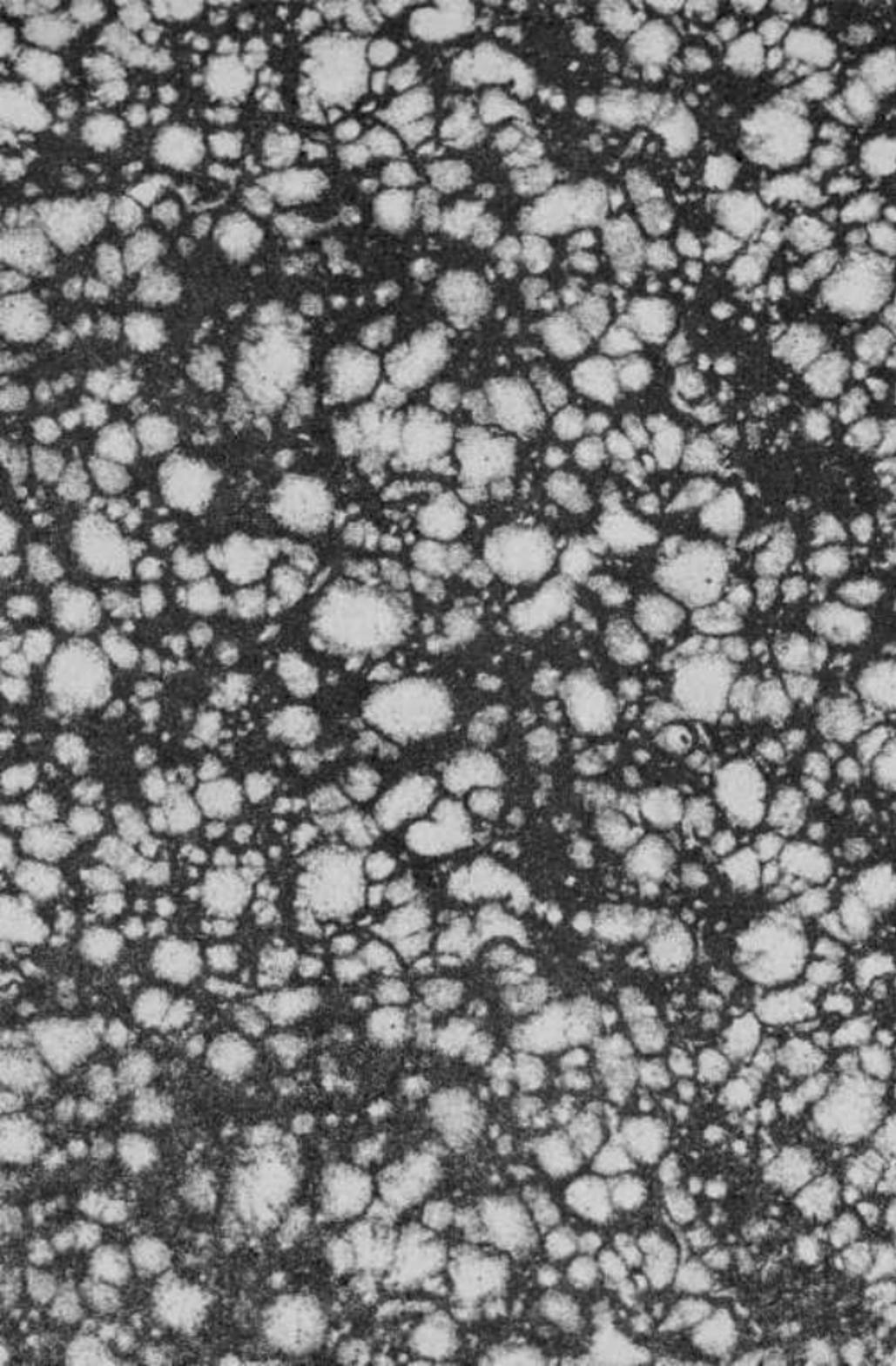
A cuantas obras publiquemos antecederán estudios bio-bibliográficos hechos expresamente para esta COLECCIÓN.

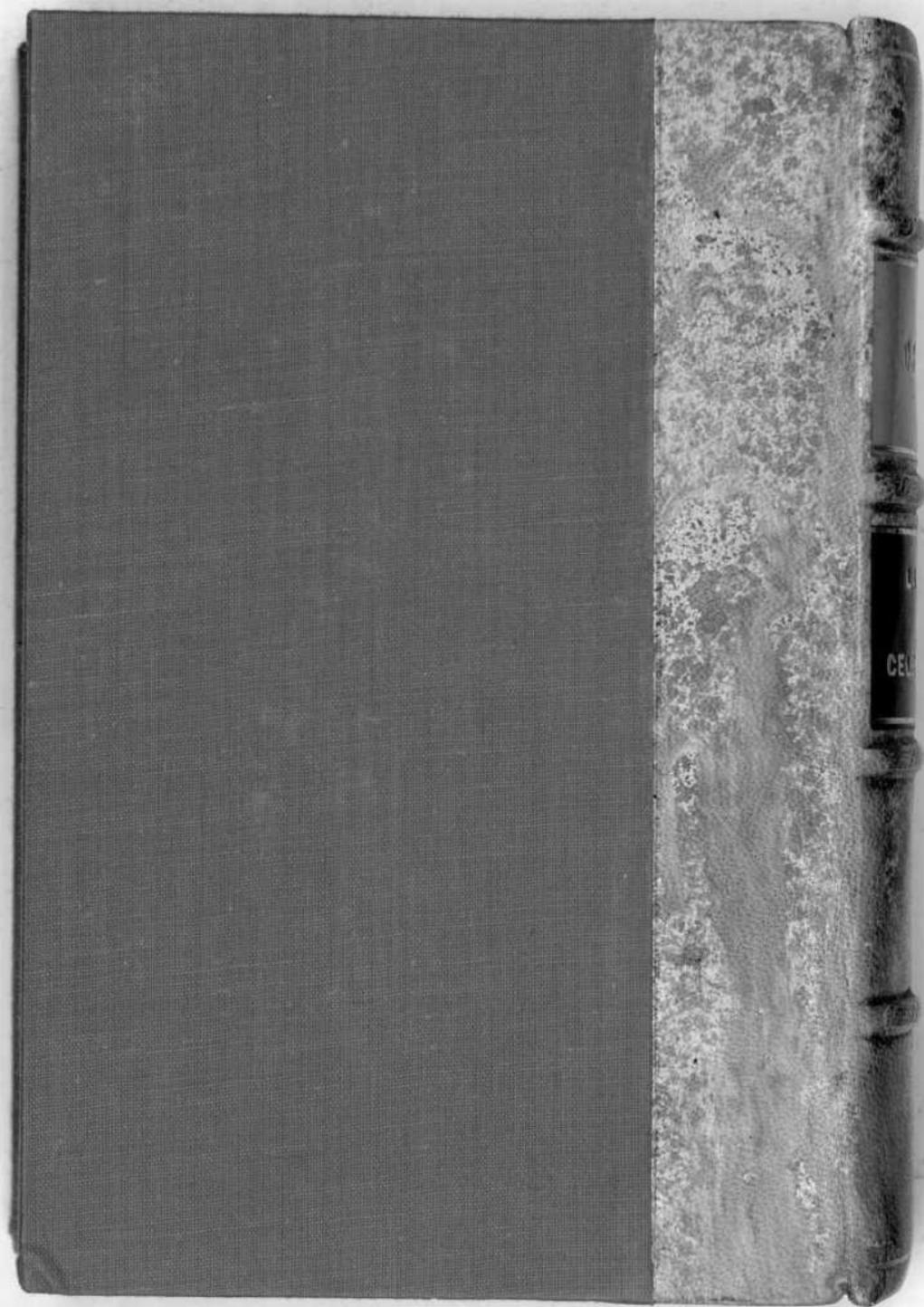
Está en prensa el volumen segundo de la Biblioteca, en el cual aparecerá la admirable comedia de PEDRO ARETINO, *Il Marescalco*, absolutamente desconocida en España, y aun en la misma Italia, y traducida ahora directamente á nuestro idioma, de una edición de 1536, por Joaquín López Barbadillo.

Hacemos grandes descuentos á libreros y corresponsales, debiendo dirigirse los pedidos á la Administración de la COLECCIÓN CLÁSICA DE OBRAS PICARESICAS, calle de Toledo, 72, entre-suelo, Madrid.









CELL

VEA

G.SALAS

VEA

LA HIJA
DE
CELESTINA

VEA

VEA